
La Muerte
AZUL
V. A. CARTER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

V. A. CARTER

LA MUERTE AZUL

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO I

Un alegre rayo de sol dio de lleno en sus ojos, obligándole a volver la cabeza. Estaba dormido aún, pero al cambiar de posición sintió un agudo dolor en el cuello que le despertó definitivamente.

¡Maldición! ¿Es que no podría acostumbrarse nunca a dormir en el duro suelo?

-La próxima noche no será igual -pensó, masajeando la parte dolorida-. ¡Prefiero la peste!

Guiado por la fuerza de la costumbre, recorrió con la mirada la habitación en que penetrara la noche anterior. Un salón que en tiempos debió ser elegante. Ahora los tapizados de plástico reventaban en los sillones, dejando ver el relleno; el polvo se levantaba en pequeños remolinos desde el suelo, claro indicio de que allí, como en todas las casas de la ciudad, habían pasado días o quizá semanas sin que una mano se preocupara de adecentar la casa.

Ni rastro de comestibles, que era lo que más le interesaba.

Tomando la casi vacía mochila, con sus escasas pertenencias, se dispuso a salir a la calle. Como todos los días, desde tres semanas atrás, recorrería la población de un extremo a otro en busca de provisiones al igual que los otros pocos habitantes que habían escapado incomprensiblemente a la peste.

¡Comida! Tal vez en alguna parte, lejos de allí, hubieran todavía almacenes repletos de ella, pero en Braddok los establecimientos, luego de veinte días de saqueo por las pocas personas que podían tenerse en pie para ayudar a los, cada vez en mayor número, familiares enfermos, habían llegado a la total expoliación.

-Si hoy no encuentro algo que valga la pena -se dijo-, no espero a la noche para marcharme de aquí.

La puerta contigua a la de la habitación en que había dormido estaba abierta. Bill Scott asomó la cabeza como el perro que husmea en busca de la caza, no pudiendo ver nada de momento a causa de la oscuridad que reinaba en el interior.

Ya se deslizaba en busca de una ventana, cuando un tenue gemido, casi a su mismo lado, le hizo detenerse en seco un solo instante. Lo necesario para que cayera en la cuenta que no podía tratarse sino de uno de los miles de enfermos que morían de hambre por falta de asistencia.

Por fin logró localizar lo que buscaba, y la claridad del día inundó la estancia. En una cama se hallaba tendida una mujer de edad indefinible a causa de la casi absoluta carencia de carne entre los huesos y la piel. No debía ser muy vieja si se juzgaba por el sedoso cabello castaño, sin una sola cana. La boca realizó un casi imperceptible movimiento, los agrietados labios se abrieron como si trataran de dar forma a una palabra, mientras unos ojos brillantes por la fiebre, hundidos en el fondo de las esqueléticas cuencas, quedaban fijos en los de él con hipnótica inmovilidad.

Scott sabía, pese a que ningún sonido llegó hasta él, lo que la mujer pedía. Sin embargo, venciendo la repugnancia instintiva que despertaba en él la vista de la piel azul moteada de manchas más oscuras del mismo color, y el miedo al contagio, aproximó el oído a la tumefacta boca de la yacente.

-Agua... -llegó hasta él como un tenue suspiro.

-Espere un momento -salió en busca de la cocina, regresando con un vaso. De una cantimplora qué le colgaba de la cintura vertió una pequeña

cantidad de agua, toda la que le quedaba, y con el mismo cuidado que sí se tratara de una criatura recién nacida, humedeció los labios de la enferma.

Sabía que le iba a ser difícil, si no imposible, reponer el agua, precioso líquido inalcanzable por la ciudad, salvo que lloviera. Todos los servicios públicos hacía días que estaban paralizados por falta de. personal que los atendiera. Pero no vaciló ni un segundo en desprenderse de ella en beneficio de aquella pobre mujer moribunda, a quien lo mismo podía estar salvando la vida que prolongándosela para que sufriese más tiempo y acabar muriendo de hambre y de sed.

Porque lo más terrible de la «Epidemia Azul» era que ninguna de sus víctimas había muerto a consecuencia de la fiebre. Sus síntomas comenzaban con una leve torpeza en las articulaciones, que pocos días después terminaba por apenas permitir a sus víctimas tenerse de pie o llevarse la comida a la boca. Entonces, la piel adquiría una leve tonalidad azul, parecía conseguirse una leve mejora, recuperando las fuerzas casi en su totalidad, para al día siguiente encontrarse con que el enfermo no podía moverse de la cama; luego llegaba la fase de paralización total en que la desgraciada víctima quedaba totalmente inmóvil, costándole incluso un gran esfuerzo el hablar; manchas de un azul oscuro cubrían todo el cuerpo. Y así permanecían, en estado estacionario, consumiéndose lentamente por falta de alimentación hasta morir.

Pero ello era porque no quedaba nadie que pudiera cuidarles. Porque las primeras víctimas, teniendo quien las atendiera, habían logrado sobrevivir hasta que sus familiares cayeran igualmente. Y solamente dos o tres días antes habían comenzado a morir, indistintamente, lo mismo si se trataba de enfermos antiguos o recientes.

Mientras daba pequeños sorbos a la mujer, Scott reflexionaba sobre todo ello. Decididamente tendría que marcharse de allí y evitar durante algún tiempo los lugares poblados. El hedor de los muertos comenzaría a sentirse hoy y pronto sería algo insoportable en todas partes. Aquella desgraciada, que tal vez yacía allí, sola, por espacio de diez o doce días, seguiría consumiéndose lentamente. El sol asomaría un par de mañanas más por la ventana que el joven pensaba dejar abierta... y quizá a la tercera alumbraría un cadáver más, igual en todo a los miles que habían por toda la ciudad en iguales condiciones.

-¡Bah! -se dijo, disgustado consigo mismo. Dadas las circunstancias

no era conveniente sentir compasión. Muchas personas estaban en las mismas circunstancias y él no podía permitirse el lujo de hacer de buen samaritano. ¡Bastante haría con cuidar de sí mismo y procurar librarse de la plaga!

La mujer tenía lágrimas de agradecimiento en los ojos y los labios le temblaban cuando le vio salir en un violento arranque.

-Gracias -trató de decir. Pero Scott no la oyó. Estaba bajando de tres en tres los escalones, como si huyera de algún fantasma.

El resto del día lo pasó recorriendo los lugares donde pudiera encontrar algo útil, especialmente agua. Tuvo suerte. En un olvidado rincón de un bar halló una caja completa de frascos de soda.

Bebió uno entero de un trago, y guardando dos o tres más en la mochila, luego de haber ocultado mejor lo que quedaba, como reserva para otra ocasión, continuó la búsqueda inútil de comestibles.

Al anochecer, sin que hubiera podido decir cómo había llegado hasta allí, se encontró de nuevo ante la misma casa en que pasara la noche anterior.

Un buen rato vaciló en la entrada. Finalmente se dijo que aquel sitio era tan bueno como otro cualquiera y, desde luego, mejor que el arroyo, expuesto al ataque de otros vagabundos en busca de lo que pudiera llevar de valor para ellos. Nunca se había visto en semejante trance, pero más de una vez encontró cadáveres de hombres que no habían tenido contacto alguno con la «parálisis azul».

Ahogando un reniego subió las escaleras y segundos después penetraba en la habitación de la mujer enferma.

No había cambiado de postura desde la mañana. Scott cerró por dentro la puerta para evitar interrupciones, luego de cerciorarse de que allí no había nadie más que ellos dos, y sin decir palabra le aplicó a la boca el gollete de uno de los frascos de soda que llevaba.

La mujer bebió ansiosamente, y cuando Scott trató, de retirar el botellín tropezó con la suplicante mirada de ella.

-Más, por favor -pidió con voz apenas audible.

-Luego -repuso él con una animadora sonrisa-. Tanto de una vez podría hacerle daño.

-¿Tiene... co... mida? -balbuceó con gran esfuerzo.

-No. Hoy no he tenido suerte en eso.

-De... bajo de... la ca... ma.

-¿Tiene ahí provisiones?

-Sí. Pa... ra us... ted.

Scott rebuscó frenéticamente donde ella le indicaba, Un gran cajón que a primera vista parecía lleno de ropas inservibles, estaba, en realidad atiborrado de latas de conserva. El joven encontró varias velas y una caja de cerillas. Apenas quedaba ya luz diurna.

Apresuradamente cerró la ventana, encendió una de las velas y con los trapos taponó todas las rendijas que pudieran dejar escapar algo de luz al exterior.

-Ahora a darnos el banquete -ella le miraba hacer, con una débil sonrisa en sus demacradas facciones, mientras él preparaba un pantagruélico festín-. Mira, muchacha. Siento que no puedas participar en esto, pero creo que sería peor para ti. Debes tener el estómago lleno de telarañas. Para la nena un vasito de leche.

Así lo hizo. No descuidaba, entre bocado y bocado, el dar un sorbo de leche a la enferma, levantándole cuidadosamente la cabeza para que bebiera con mayor comodidad.. Al principio ella se resistió:

-No me toques. Podrías contagiarte.

-¡Bah! -repuso él despectivamente-. Eso no es para mí. Al principio le tenía miedo, pero he tenido tantas ocasiones de infectarme que estoy convencido de que, por el motivo que sea, soy inmune a ella.

-¿No podrías darme algo sólido? -estaba, sensiblemente más animada.

-De momento, no. Esta, noche tomarás un par de vasos de leche, y por la mañana, antes de marcharme, abriré para ti una lata, de fruta en almíbar.

No olvidando por completo sus propósitos, arrastró un colchón desde una habitación vecina sin que, afortunadamente, tuviera que desalojar a ningún cadáver. Durmió en el suelo, pero más mullido que de costumbre, sin que ello le impidiera despertar dos veces durante la noche para alimentar a la muchacha. Por la mañana borró cuidadosamente las huellas de su estancia, y volvió a esconder el cajón.

-Estaré pronto de regreso -animó a la enferma. Y bajó las escaleras más contento que lo había estado en ningún momento en los últimos días.

No se oían brotar desde el interior de las casas los gritos lastimeros en demanda de auxilio de los primeros días. Los pocos que quedaban con un ligero hálito de vida reservaban sus casi inexistentes fuerzas para mantener

latiendo los debilitados corazones.

Scott, consciente de la responsabilidad que había asumido, penetró en una armería, proveyéndose de una pistola y abundante munición, amén de un fuerte cuchillo de monte con la funda correspondiente. Convenía estar preparado para un eventual encuentro con los escasos merodeadores, ya que no era su vida sola la que se ventilaba. Muerto él, la enferma podía considerarse perdida también.

Cada día que pasaba endurecía más al joven. No tuvo necesidad de defenderse de otros hombres, pero sí de los ataques de los enloquecidos perros que comenzaban a penetrar en la ciudad atraídos por la carroña. Los había de todas las especies imaginables, e incluso en una ocasión pudo ver a una pareja de soberbios lobos.

«Su» enferma recuperaba energías a ojos vistas, si bien estaba tan imposibilitada de moverse como el primer día. Y Scott no se vio obligado a salir de la población como temiera, pese a que en apariencia ellos dos eran los únicos seres humanos que quedaban con vida. La enfermedad, por causas desconocidas para el joven, impedía la descomposición de los cadáveres.

-¿Se habrá extendido la epidemia por todo el mundo? -se preguntaba en voz alta.

-Posiblemente -repuso Doris-. De otra forma no se concibe que no hayan llegado auxilios.

-¿Y de qué clase? -instantáneamente se arrepintió de haber dicho esto. Ella le entendió perfectamente.

-Crees que el fin de esta enfermedad es la muerte, ¿verdad? -sonrió con tristeza-. Yo también lo creo así, y quizá es preferible a ser un inválido para el resto de la vida.

-No. No he querido decir eso -mintió él, aunque con una leve esperanza de que lo que decía pudiera ser cierto-. Tal vez con el tiempo llegue a desaparecer todo, y entonces te conviertas en una persona normal como eras antes.

-Lo dudo. No trates de animarme, Bill. ¿Sabes una cosa?

-¿Qué?

-A veces pienso si no hubiera sido mejor que me dejaras morir. A estas horas yo ya habría descansado definitivamente, y tú podrías preocuparte de sobrevivir solo.

-¡No digas tonterías, Doris! ¡Vivirás... y te pondrás bien!

* * *

Bill Scott se había alejado más de lo normal de la casa donde Doris Arlan le esperaba. Los alrededores estaban ya demasiado esquilmados para que hubiera esperanza alguna de encontrar víveres y se imponía ensanchar el campo de acción.

Estaba en un barrio totalmente desconocido en cuanto a posibilidades, si bien Bill hubiera sido capaz de recorrerlo con los ojos cerrados como todo el resto de la pequeña ciudad. Sabía que al final de la calle que estaba recorriendo en este momento se encontraba la principal arteria con su inevitable cortejo de establecimientos de todas clases. Tal vez hubiera suerte.

Varios perros salieron de una casa, peleando atropelladamente por algo que sujetaba uno de ellos: un brazo humano. Bill no se impresionó lo más mínimo, acostumbrado ya a esta clase de espectáculos, pero tuvo que apartarlos de su camino a puntapiés, con lo que se incrementó considerablemente la espantosa algarabía de aullidos, gañidos y gritos. Bill dio la vuelta a la esquina.

Se detuvo en seco, asombrado de lo que veía: un grupo de hombres uniformados cual si se preparasen para un desfile de fantasía, venían corriendo en su dirección. Empuñaban mortíferos rifles de todas las procedencias imaginables, antiguos y modernos.

-¡Alto! -gritó con voz cloqueante el que parecía mandarles. La orden podía lo mismo ir dirigida a Bill que a los soldados, pero uno y otros se la aplicaron a sí mismos. Los hombres enfilaron sus armas hacia el harapiento mozo. No esperó a que completaran el gesto para zambullirse de cabeza en la calle de donde procedía. Uno de los perros dio un gruñido de dolor, revolviéndose en un fútil intento de morder a aquel extraño animal que acababa de aterrizar sobre su espinazo. Varios proyectiles silbaron avenida abajo.

Bill escondió la cabeza entre los hombros y sé lanzó a una desesperada carrera, sin otra preocupación de momento que desaparecer de la vista de aquellos individuos que recibían así al primero que se les ponía por delante.

Un recrudecimiento de los lamentos de los asquerosos animales necrófagos, mezclados con maldiciones en un idioma desconocido para el

joven, le dio a entender lo que ocurría, sin que por ello disminuyera por un solo instante la velocidad de su fuga. Los soldados habían tropezado con los perros y rodaban por el suelo en confusa mezcolanza, lo qué no impidió a alguno de ellos hacer ejercicios de tiro al blanco contra el veloz fugitivo a juzgar por el ominoso zumbido que sonó junto a su oído izquierdo al tiempo que le volaba un mechón de cabellos.

Era inútil continuar corriendo ya que la calle era demasiado larga para que no resultara relativamente fácil tumbarle en cuanto los soldados comenzaran a tirar en serio. Bill torció repentinamente y se coló en. un portal.

Subió los escalones de tres en tres hasta llegar al segundo piso. Luego penetró en una de las desocupadas viviendas... o al menos eso creyó hasta que un enorme perrazo, tal vez asustado por su precipitada aparición, se le arrojó a la garganta con ánimo de destrozarle la yugular. Bill, antes de caer al suelo tuvo la fugaz visión de un cuerpo humano completamente destrozado junto al que otro perro enseñaba los dientes gruñendo sordamente. El joven levantó la mano para protegerse.

Su atacante cerró la boca aprisionándole el antebrazo como en un cepo. Afortunadamente Bill iba prevenido y llevaba brazos y piernas fuertemente vendados con gruesas tiras de nylon. Sintió un fuerte dolor pero los repugnante dientes no llegaron a atravesar la protección. El segundo perro se lanzaba en auxilio de su compañero.

Scott sacudió el brazo en un intento de romper la presa, pero inútilmente. Su otra mano se deslizó hasta la cintura, saliendo armada con una relampagueante hoja de acero que instantáneamente quedó sepultada en el cuello del animal, casi seccionándole la cabeza.

El resto no fue tan difícil. Con la destreza hija de una gran práctica, sus dedos se hendieron en la nuca de la bestia superviviente, que se agitó vanamente mientras otra mano le cogía por los riñones y levantándole en vilo lo despedía por la ventana.

Un prolongado aullido quedó cortado en seco al estrellarse el perro contra el pavimento de la calle.

Sólo entonces se dio cuenta Scott del tremendo error cometido. Sus perseguidores, cuyas voces había estado oyendo, hubieran tardado algunos momentos en localizar la puerta por que él se había introducido. Ahora acababa de proporcionarles una clara pista.

Recuperando el precioso cuchillo se precipitó a la parte trasera de la casa, rogando para que los otros no conocieran la casi uniforme distribución de estos enormes bloques de viviendas. Un pasillo volado daba, la vuelta a todo el edificio por encima del patio interior, y cuando sus perseguidores estuvieron en situación de verle, él ya se había ocultado de nuevo. Buscarle en semejantes condiciones, con sólo media docena de hombres, se convertía en el clásico problema de la aguja en el pajar.

La casa, con sus cuatro plantas, disponía de más de un millar de viviendas.

Desde su escondrijo, una pequeña cavidad a cierta altura, que seguramente los dueños de la casa habían utilizado para desván a juzgar por el amontonamiento de pequeñas cajas, Scott asomaba de vez en cuando la cabeza. Esporádicamente divisaba la silueta de alguno de sus perseguidores, que parecían aumentar paulatinamente en número.

Se trataba de hombres de una estatura media algo inferior a la normal. «Extranjeros, desde luego», pensó Scott. Los uniformes que vestían los hubieran hecho aparecer ridículos a no ser su presencia tan ominosa: guerreras amarillas, ribeteadas de rojo, y pantalones azules, muy ceñidos, con altas botas de brillante plástico. Ceñían a la cintura un largo machete, casi del tamaño de espadas, y se tocaban la cabeza con cascos de un relumbrante dorado rematados con un crestón de plumas, rojas en la mayoría de ellos, aunque habían algunos que las llevaban de otros colores. Los armados con pistolas utilizaban penachos azules.

-Oficiales -pensó Bill.

Como si esta palabra hubiera sido un conjuro apareció uno de ellos en la puerta que quedaba debajo del joven, quien tuvo que retirarse vivamente para no ser descubierto.

-¡Diablos! -se dijo, sobresaltado-. ¡Son asiáticos!

Efectivamente, no cabía confundir aquellos pómulos salientes, nariz aplastada y cara de un amarillento enfermizo. Lo que Scott no pudo identificar era la parte de Asia de que procedía el hombre. Para él lo mismo podía ser chino que japonés o malayo. Su fuerte no era la antropología.

CAPÍTULO II

Scott había intentado primero esperar a que anocheciese para poder huir más fácilmente al amparo de las sombras, pero por lo visto los asiáticos tomaban muy en serio su búsqueda y continuamente estaban llegando refuerzos que hacían más insostenible la situación.

Tenía que arrostrar el riesgo de un balazo antes de verse encerrado en una ratonera sin salida.

Esperó, pues, a que el oficial desapareciera de su vista para deslizarse al suelo y penetrar nuevamente en el laberinto de pasadizos y habitaciones, expuesto continuamente a tropezar con algún amarillo. La pistola descansaba en su mano, pronta a disparar en caso necesario. Alcanzó la planta baja... y con el pie en el último escalón quedó frente a frente de un soldado con la resplandeciente coraza emitiendo un brillo cegador. Scott no había reparado antes en esta pieza de uniforme, o los que viera, hasta entonces no la llevaban.

Ambos se miraron fijamente unos segundos, a cual más sorprendido. Scott fue el primero en disparar y el proyectil destrozó la cara del amarillo.

No esperó a verle caer para lanzarse por un pasillo lateral. A sus espaldas oía voces aunque los perseguidores no podían verle. Y de pronto apareció otro hombre, seguido de dos más, enfrente suyo.

Estaba cercado.

Perseguidores y perseguido llevaba las armas listas para hacer fuego. Sin embargo la ventaja, aunque momentánea, estuvo de parte de Scott, quien no tuvo sino que apretar el gatillo para que uno de los que tenía enfrente rodara por el suelo mientras los otros trataban de echarse los fusiles a la cara.

Haciendo fuego nuevamente, Bill rodó por tierra para ofrecer un menor blanco. A su espalda sonaban los precipitados pasos de los que llegaban a su zaga y un segundo después estarían en disposición de dispararle a placer.

No tenía otra escapatoria que llevarse por delante cuantos enemigos pudiera, y así comenzó a accionar el gatillo con furiosa rapidez.

Ligeramente sorprendido observó cómo uno de los soldados soltaba el rifle, desplomándose, mientras el otro daba un salto atrás en busca de protección, perdiéndose momentáneamente de vista detrás de un recodo.

Scott se volvió para enfrentase a los que llegaban por detrás, al verse, aunque sólo fuera por un momento, libre de enemigos por aquel lado. Y sus

ojos se fijaron en algo que antes le pasara desapercibido.

¡Una trampa metálica en el suelo!

Sin pensarlo un segundo sacó de la funda él cuchillo, introduciéndolo en el intersticio con la mano izquierda, en tanto que la derecha enviaba los dos últimos proyectiles que quedaban en su pistola.

Con los pies por delante cayó en el negro agujero cuya profundidad ignoraba. Pero representaba una esperanza de salvación contra la total seguridad de aniquilamiento. Al menos tendría tiempo de recargar su pistola.

Sintió un agudo pinchazo en el hombro mientras caía por el aire, pero antes de que llegara a percatarse de que estaba herido, sus pies entraron en contacto con un espeso líquido en que se hundió hasta las rodillas antes de tocar fondo. Perdiendo el equilibrio trastabilló, y todo su cuerpo, incluso la cabeza, quedó sepultado en las repugnantes aguas cenagosas de la alcantarilla.

Totalmente desorientado se incorporó. El túnel estaba oscuro como boca de lobo y el joven comenzó a caminar todo lo rápidamente que pudo, tanteando una de las paredes al tiempo que rogaba por que su dirección fuera la buena... hacia el sistema general de desagües donde podría perderse en el intrincado laberinto de conducciones.

Una tenue luminosidad a sus espaldas le indicó que los soldados habían abierto la escotilla. Voces cloqueantes y algunos disparos llegaron hasta sus alrededores, pero extrañado comprobó Scott que no le perseguían, y poco después se marchaba por un túnel transversal.

Momentáneamente libre de la persecución recargó la pistola con apresuramiento. No sabía si la capa de lodo que llevaba encima impediría funcionar al ama, pero estaba cierto de que no tardaría mucho en comprobarlo. Los orientales no abandonarían la caza tan fácilmente.

Ya estaban tras él nuevamente. Voces y chapoteos que enmascaraban los suyos propios. Scott se alejó lo más posible, viendo la brillante claridad que proyectaban las linternas de sus perseguidores cada vez que volvía la vista. No sabían qué dirección había tomado y él se propuso no indicárselo salvo que le obligaran. Torció a la izquierda.

Más luces por delante. Pero aún estaban lejos y no vaciló en caminar hacia ellas, más rápidamente ahora que podía ver algo del camino qué pisaba. Llegó a la siguiente bifurcación con un plan ya formado.

Asomando apenas un ojo y la mano armada, disparó contra las luces,

que se extinguieron instantáneamente para ocultar el perfecto blanco que ofrecían. Bill Scott atravesó el túnel de un salto antes de que comenzaran a llover proyectiles sobre él, y cuando los sorprendidos soldados se lanzaron atropelladamente en su busca no supieron qué dirección había seguido.

Horas más tarde abandonaron la inútil búsqueda, convencidos de que aquel diabólico joven, que en forma misteriosa había eludido el caer víctima de la terrible «Parálisis Azul», se encontraba fuera del alcance.

En realidad, Bill Scott había estado casi siempre poco menos que al alcance de su mano. Oculto en una especie de nicho lateral, sumergido en el repugnante cieno, del que solamente asomaba una parte mínima de su cabeza enfundada en la mochila, hubiera sido preciso poco menos que pisarle para poder dar con él. Derrengado, temiendo que el contacto con el ponzoñoso lodo hubiera infectado la leve herida del hombro, Scott se deslizó por los oscuros túneles. Para tener una idea de su situación trepó, por una de las escalerillas metálicas que servían para las operaciones de limpieza, elevando levemente el disco metálico.

Instantáneamente tuvo ocasión de felicitarse por su cautela. Por primera vez en un mes la ciudad estaba brillantemente iluminada, y a pocos pasos de donde él estaba, pudo ver las brillantes botas de una patrulla de los teatrales soldados.

Con infinito cuidado de no producir sonido alguno, reintegró la tapa a su posición y, orientado ya, caminó en busca del colector general que le llevaría al otro extremo de la población, a los barrios pobres, donde le sería relativamente fácil salir y regresar junto a Doris Arlan que ya estaría intranquila por su ausencia.

En una calleja oscura abandonó las cloacas, refugiándose en un portal para desprenderse del nauseabundo légamo. Lo consiguió solamente en parte. Después prosiguió su camino, deteniéndose en una farmacia para limpiarse la herida y buscar comprimidos antibióticos.. Pudo hacer lo primero, pero no lo último, ya que los medicamentos habían sido prácticamente agotados en una frenética búsqueda de remedios para la peste. Finalmente tuvo que conformarse con un par de anticuadas ampollas inyectables de penicilina.

Ya relativamente tranquilo en cuanto al peligro de una infección, pero hambriento y derrengado, llegó a las cercanías de la casa de Doris... para ocultarse rápidamente, maldiciendo de aquellos condenados amarillos que

parecían estarle esperando allí también. Tenían un coche en la misma puerta y al cabo de unos minutos salieron dos o tres de ellos llevando un bulto alargado que no dudó un solo instante sería la muchacha.

Allí no tenía nada que hacer. Buscando los lugares más resguardados y oscuros emprendió lo que en términos bélicos se llama una «retirada estratégica», es decir, abandonó el campo en busca de un lugar tranquilo donde pasar el resto de la noche.

Al día siguiente tendría que salir de la población, donde la estancia se había hecho punto menos que imposible.

La humedad de sus ropas, el hediondo barro que le cubría, el cual no había podido quitarse por completo por falta de agua, y las preocupaciones, le mantuvieron despierto casi toda la noche. Por primera vez en muchos días reflexionó sobre los acontecimientos que habían culminado en la presente situación.

Una inesperada epidemia, que al término del primer día de su aparición había postrado en cama al veinticinco por ciento de los habitantes de la pequeña localidad. La vida se había paralizado por completo, los comercios cerraron y las gentes, presas de pánico, buscaban ayuda que nadie parecía preocuparse en prestar.

Una semana más tarde no quedaba prácticamente sano un solo habitante, excepción hecha de Bill Scott y media docena escasa más, que trataban de sobrevivir por todos los medios en la inmensa hecatombe.

Y ahora estaba él solo... es decir, lo había estado hasta pocas horas antes, teniendo por única compañía a una pobre inválida que sin sus cuidados sería a estas horas otro de los varios miles de cadáveres destrozados por los animales necrófagos.

¿De dónde habían salido tan inesperadamente aquellos atildados asiáticos? Tal vez su país se hubiera librado de la «Peste Azul» y llegaban en socorro de las víctimas. aunque un poco tarde.

Desechó este pensamiento incluso antes de que hubiera acabado de formarse en su mente. Un ejército de socorro no se dedicaba a perseguir a tiros a los habitantes del país necesitado de ayuda, por el mero hecho de haber sobrevivido.

La respuesta obvia era por tanto muy otra: INVASIÓN.

De ahí a la conclusión de que los presuntos invasores habían

provocado voluntariamente la infección no había más que un paso. Y ello abría campo a nuevas deducciones.

Asia era un continente superpoblado desde los tiempos inmemorables: la India, Persia, China, el Japón... En una. u otra época de la historia, grandes contingentes humanos habían salido de estos países en busca de mayor espacio vital. Gran parte de estas expediciones fracasaron; otras fueron perdiendo su fuerza según se alejaban del país de origen hasta confundirse sus restos con los indígenas de las nuevas tierras... Pero el objetivo se lograba: una válvula de escape.

Por tanto no tenía nada de extraño que ello ocurriera de nuevo. Solamente el método variaba, En lugar de empeñarse en sangrientas luchas, donde la superioridad técnica de la raza blanca equilibraba, y aún llegaba a superar, la ventaja del número, habían recurrido a un método incruento... para ellos. No quedaba sino recoger la cosecha. Si en todas partes había ocurrido igual, la raza blanca, tal vez también la negra, no era ahora sino un recuerdo del pasado que pocas generaciones más tarde acabaría en el olvido como tantas otras cosas.

-¿Y entonces estoy sólo? -se preguntó. La enormidad del significado de esta última palabra no llegó hasta él sino después de pronunciada-. ¡Solo! ¡SOLO!

Porque la soledad no quedaba mitigada por el hecho de quedar millones de seres humanos a su alrededor. Estos no contaban. Para él eran tan extraños y hostiles como los microcuerpos causantes de la «Parálisis Azul».

Un repentino deseo de salir a la calle, gritar su presencia para que acudieran aquellos malditos chinos o lo que fueran para hacerse matar por ellos, pero llevándose por delante cuantos pudiera, fue violentamente ahogado por su innata repugnancia hacia el suicidio.

¡Venganza para su raza! Pero no con la muerte de unos pocos de sus asesinos. ¡Millones de ellos no serían bastantes para calmar su sed de sangre amarilla!

Y para ello tenía que prepararse concienzudamente, con mucho cuidado; adoptar precauciones, puesto que su fin era inevitable, para que la muerte llegara cuanto más tarde mejor, cuando ya hubiera ofrendado ríos de sangre en holocausto de su muerta raza...

Pero... ¿estaba muerta caí realidad? ¿No vivía él acaso? ¿Por qué,

pues, tenía que haber sido él el único entre los incontables millones? Pocos días antes quedaban, que él supiera con seguridad, otros cinco hombres en la población. No era creíble que hubieran muerto todos.

Scott realizó un rápido cálculo mental. Tomando como tipo la pequeña ciudad de Braddok en que se hallaba: su último censo había arrojado la cifra de veinte mil habitantes en números redondos; seis supervivientes suponían el ridículo porcentaje de un tercio de persona por mil, Norteamérica, tenía doscientos cincuenta millones de ciudadanos, lo que daba la ya más alentadora cifra de más de ocho mil.

Aun reduciendo este número por otras causas de muerte, Bill Scott llegó a la conclusión de que no todo estaba perdido. Pocos eran desde luego, pero ¡la superioridad de la raza caucásica quedaría demostrada una vez más! ¡El los reuniría, conduciéndolos, o dejándose conducir por los más capaces, hasta arrojar de allí a los invasores! ¡Tal vez con un poco de suerte llegaran a conseguir eliminarlos de una vez para siempre de la faz de la Tierra cual ellos lo habían intentado!

Excitado por esta nueva esperanza, se durmió.

* * *

El rumor de voces en la calle le despertó apenas amanecido. Asomándose cautelosamente a una ventana, Bill Scott vio cómo un grupo de soldados, con las rojas cimeras ondeando a la suave brisa, tomaban posiciones ante el grupo de casas frontero a la que él se encontraba.

Momentáneamente tranquilo de que, si le buscaban a él, no le tenían localizado, se dedicó a observarlos con atención en busca de algo que pudiera servirle para combatirles más adelante.

Un oficial, con su pistola al cinto, los dirigía.

Minutos después apareció por el extremo de la calle un grupo de camiones, que se detuvieron junto a los brillantes soldados. Las puertas traseras se abrieron, dejando paso a otros orientales, y luego comenzaron a descender individuos, al parecer enfermos de la terrible «Parálisis Azul».

¡Pero se comportaban normalmente, como si sus articulaciones no sufrieran obstáculo alguno! Tenían la piel coloreada de azul, con las notas oscuras indicadoras del más avanzado grado de la enfermedad, y sin embargo actuaban en forma normal.

Lo menos serían un centenar, y si bien los orientales parecían tratarlos

despectivamente, e incluso llegaban a golpear a alguno con las culatas de los fusiles, ellos obedecían dócilmente, sin rebelarse jamás.

Pese a la enorme desproporción en el número, ninguno de ellos trató de huir o defenderse de los malos tratos. Scott estaba cada vez más asombrado ante la mansedumbre que demostraban, indicadora de una aceptación total de la servidumbre a la otra raza.

Los enfermos se introdujeron en la primera de las casas, y poco después comenzaban a sacar cadáveres que iban apilando en los camiones. Cuando uno de ellos estaba lleno, partía en dirección desconocida, mientras los cautivos, pues no podían ser otra cosa a pesar de su extraño comportamiento, iban vaciando los edificios de su macabro contenido.

Scott, convencido de que el prolongar más su observación no podía sino exponerle a ser descubierto, se dispuso a abandonar su morada provisional por la parte trasera, cuando ocurrió un incidente, normal en apariencia.

Una pareja de perros se detuvieron a algunos pasos del oficial, exhibiendo las magníficas dentaduras y gruñendo amenazadoramente. De vez en cuando proferían un sonoro aullido como deseosos de excitar los nervios del oriental.

Y lo consiguieron.

El hombre desenfundó su pistola y, como quien se dispone a tirar al blanco, apuntó cuidadosamente a uno de los canes. Sonó un disparo.

El perro quedó rígido cual si de pronto le hubieran echado por encima una ducha de agua fría. Scott lo observó con, atención, maravillado de que no cayera, pues a tan poca distancia era casi imposible errar el tiro. De pronto lanzó un aullido, cortado en seco al cerrársele violentamente la boca. Comenzó a gruñir y con las patas delanteras trató de arrancarse algo que al parecer le molestaba en la cabeza. Las patas se le quedaron adheridas como por invisibles ligaduras.

Comenzó a revolcarse por el suelo, cada vez más excitado. Sus movimientos se restringían poco a poco, causando la impresión de que algún ser invisible le envolvía en fuertes cuerdas, hasta que quedó totalmente imposibilitado de moverse, hecho un ovillo. Lastimeros gemidos salían de aquella masa de carne retorcida en postura inverosímil.

Su compañero estaba como asombrado de lo que le ocurría. Al verle

aquietarse, aproximó el hocico tratando de oler aquello que le mantenía inmóvil.

Nunca lo hubiera hecho, porque ya no pudo separarse de él, y segundos más tarde los dos perros estaban juntos formando una pelota, tan apretada que resultaba imposible distinguir a uno del otro.

El atormentador de las infelices bestias reía sonoramente.

Y aún seguía riendo cuando Scott abandonó definitivamente su observatorio para salir cauteloso de la ciudad.

Cada vez, por lo que estaba viendo, se hacía más peligrosa su estancia en Braddok.

¿Qué diabólica arma era aquélla, capaz de inmovilizar tan perfectamente a su víctima sin, al parecer, ocasionarle daño físico alguno?

Bill Scott se prometió apoderarse de una de aquellas pistolas, tan útil para hacer prisioneros, en cuanto tuviera ocasión para ello.

Además le interesaba por otro motivo: el enemigo no debía disponer de armas cuyo manejo y efectos le fueran desconocidos.

CAPÍTULO III

¿Hacia dónde dirigiría sus pasos?

Bill Scott era un hombre de ciudad. Raras veces había tenido ocasión de pasar unas horas al aire libre, y los amplios espacios abiertos le imponían fuertemente. Por este motivo se encontró desorientado por completo apenas hubo remontado las cercanas colinas. El bosque llenaba su imaginación de monstruos peligrosos, en su mayor parte inexistentes.

Por unos instantes tuvo que luchar con la tentación de dar media vuelta. La ciudad se le antojaba mucho menos amenazadora pese a la presencia de los orientales que pretendían cazarle como a una fiera dañina.

¿Qué haría un hombre primitivo en su lugar para proporcionarse alimentos?

Indudablemente debía haberlos, y en relativa abundancia: más de los que él pudiera consumir. Pero incapacitado para identificar las plantas comestibles de las que no lo eran le planteaba un serio problema.

Por tanto, y aun cuando ello pudiera significar un riesgo adicional, debía buscar acomodo cerca de alguna granja, habitada o no, aprovechando lo que pudiera de las cosechas e incluso animales domésticos.

En la caza no cabía ni pensar. A su inhabilidad para hallarla se unía una casi total falta de destreza en el manejo de la pistola, única arma de que disponía, y las relativamente escasas municiones que posiblemente le serían necesarias para defender su vida.

-No sirvo para Robinsón -se dijo con amargura, no exenta de cierto humorismo-. Las voy a pasar negras hasta que me acostumbre. ¡Si al menos encontrara compañía!

Cosa esta última que tampoco resultaría demasiado sencilla. Tenía que fiar en la casualidad ya que todos los que se encontraran en su situación harían lo mismo que él: ocultarse y esquivar a otros seres humanos que podían ser enemigos mortales.

Tres días de caminar erráticamente de un lado a otro, sin apenas comer otra cosa que algunas escasas bayas silvestres, le hicieron pensar que estaba llegando al límite de sus fuerzas. Se encontraba más débil que un gato.

Afortunadamente el agua no faltaba, ya que procuró mantenerse siempre cerca de un torrente no demasiado caudaloso. En cierta ocasión tuvo la suerte de matar un conejo de una pedrada, y si bien su impericia le obligó a

comer quemado lo que no estaba medio crudo, aquello, que en otras circunstancias hubiera despreciado, le supo a verdadera gloria.

Al cuarto día ¡por fin! encontró lo que buscaba: era poco más que una miserable choza de la montaña, enfrente de la cual había una pequeña parcelita de la que las malas hierbas se habían adueñado. Sin embargo, los pocos manzanos ofrecían una ubérrima cosecha. Y por los alrededores picoteaban algunas gallinas, ligadas a la costumbre, que aún no se habían percatado de que carecían. de dueño.

-Yo lo seré mientras quedéis una -aseguró Bill. Los animales acudían a su alrededor esperando que se renovara la vieja rutina del pienso adicional.

El joven encontró en un granero anejo a la cabaña algunos sacos de maíz, que utilizó generosamente como cebo. Y cada noche, cuando las gallinas acudían al pequeño galpón utilizado por ellas como dormitorio, hacía disminuir su número en una unidad.

Scott pensaba permanecer allí algún tiempo, acostumbrándose a la vida en el monte, y cada día daba largos paseos por los alrededores, estudiando cuanto pudiera serle de interés. Para dormir utilizaba el cobertizo del granero, pues le remordía ligeramente la conciencia el arrancar de la casa los incorruptos cadáveres del granjero y su esposa. En fin de cuentas ellos eran los propietarios.

-Mañana los enterraré decentemente -se decía, sin llegar a cumplir jamás su propósito.

Hasta que una mañana despertó sobresaltado al oír unas voces.

Asomó cautelosamente por la entornada puerta, sintiendo que el corazón le daba tremendos saltos como si quisiera salírsele del pecho.

Sus temores no habían sido vanos, ya que en el pequeño patio que se formaba en medio de las edificaciones habían tres soldados amarillos, con sus espectaculares uniformes y petos metálicos relumbrando al sol del amanecer.

Con ellos un muchacho, casi un chiquillo a juzgar por sus facciones, las manos fuertemente atadas a la espalda. Los orientales no parecían decidirse por el primer sitio que explorarían. Finalmente uno de ellos se decidió y seguido por un compañero penetró unos instantes en la vivienda. El otro quedó guardando al prisionero.

Reunidos de nuevo mantuvieron un leve conciliábulo, interrumpido por el alegre canto de un gallo en el galpón. Significativas miradas y sonrisas

se cruzaron entre ellos, y sus intenciones eran más que claras cuando uno, dejando el fusil a cargo del más próximo de los otros dirigió sus pasos hacia donde sonara el canto. Un estruendoso cacareo de los alborotados animales denunció la presencia del intruso en el gallinero.

El que parecía mandarles lanzó una breve frase acompañada de una seña hacia el escondite de Scott. Su significado era obvio aunque el joven no entendiera una sola palabra: debía buscar leña allí.

Pero jamás la encontraría en aquel peligroso lugar. Scott se retiró detrás de la puerta con la culata de su pistola preparada, y apenas el amarillo hubo desaparecido en la oscuridad interior, se abalanzó sobre él oprimiéndole la garganta con un férreo dogal para impedirle gritar, mientras sus piernas le sujetaban fuertemente por la cintura. Ambos rodaron por el suelo de paja.

Scott, con la mano armada trataba de desposeerle del metálico yelmo, a fin de propinarle un buen golpe. Tras unos segundos de esfuerzo lo consiguió, y la culata del arma hizo el resto. El oriental dejó de debatirse.

Sabiendo lo que ocurriría a continuación, el joven trató de adelantarse a los acontecimientos, pero los breves segundos empleados en inutilizar a su hombre habían bastado para que el que fuera al gallinero volviese. Los enemigos armados eran muchos para un pobre tirador como Bill Scott, especialmente cuando debía poner especial cuidado en no acertar al prisionero.

Decidió esperar.

Los otros miraban extrañados hacia la oscura cavidad que se tragara a. su compañero. Uno lanzó una voz, seguramente de llamada.

Un profundo silencio fue la respuesta que obtuvo.

Scott estaba examinando el arma de su víctima. No podía considerarse un perito, pero calculaba que aquel rifle siempre sería más seguro que una pistola. Decidió utilizarlo.

Tumbado en el suelo tomó puntería cuidadosamente, pero un inesperado movimiento del hombre a quien tomara como blanca le hizo errar el tiro miserablemente.

¡Ahora sí que estaba todo perdido!

Los acontecimientos se precipitaron.

Sorprendidos los orientales ante aquel ataque, optaron por desbandarse. Cada cual corrió por su lado yendo a parapetarse, el uno tras el

gallinero, y el otro en un montón de piedras.

El prisionero quedó solo, momentáneamente olvidado. Pero haciendo gala de una gran decisión se lanzó a la carrera hacia el cobertizo de donde partiera el disparo, con tal rapidez que cuando sus captores comenzaron a hacer fuego sobre él ya había cruzado la puerta yendo a caer con un acrobático salto en el rincón más resguardado.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad vio al soldado sin sentido en el suelo, y junto él a su desafortunado libertador.

-Gracias, amigo -dijo alegremente. El peligro en que ambos se encontraban no parecía afectar a su buen humor-. Si tuviera usted algo con que cortar estas cuerdas, y un arma disponible, daríamos una lección a esos «cara de limón».

-Va a ser difícil. Entre usted y yo está la puerta, y esos granujas de ahí fuera nos freirán en cuanto uno de nosotros pase por delante.

-¿Quién, ésos? -rió-. Son, por lo menos, tan malos tiradores como usted. Incapaces de acertar a una torre a tres pasos. Quite a ese mono de ahí y saltaré yo.

-¿Con las manos atadas? -se asombró Scott.

-Sí. ¿Por qué no? Ya ha visto que antes lo he hecho. Soy buen acróbata.

-Yo pasaré -concedió Scott a regañadientes. Y para imponer silencio a los de fuera hizo un par de disparos hacia cada uno de ellos. Luego saltó.

El de las manos atadas había juzgado demasiado despectivamente la puntería de los orientales, porque en la fracción de segundo que el joven estuvo en el aire silbaron junto a su cuerpo dos proyectiles, uno de ellos tan cerca que abrió un limpio agujero en su pernera izquierda, aunque sin herirle.

Renegando interiormente de su ocurrencia, Scott cortó de un tajo las ligaduras del otro.

-Déme el rifle -pidió luego que se hubo restregado las muñecas para restablecer la circulación de la sangre-. Ahora verán ésos lo que es tener enfrente un tirador de primera.

Tal vez fue suerte o quizá no exageró. Al primer tiro, el que se parapetaba detrás del cobertizo de las gallinas salió tambaleándose, con un orificio encima del ojo. Estaba prácticamente muerto, pero antes de caer definitivamente al suelo había alojado en su cuerpo otros dos proyectiles.

Scott, ligeramente humillado de que un crío o poco menos le hubiera dejado en ridículo como tirador, se tumbó a su lado con la pistola en la mano. Hizo varios disparos sin ningún resultado positivo, y su compañero le guiñó el ojo.

-¡Le gusta malgastar la pólvora, amigo! No hará mucho daño, pero asusta a ese desgraciado con el silbido de las balas. Guárdese el juguete y déjeme a mí.

-¡Pero habré de hacer algo!, ¿no? -protestó-. ¿O he de esperar cruzado de brazos en un rincón mientras usted se divierte solo?

El otro se le quedó mirando con una extraña expresión, entre burlona y divertida. Pareció a puntó de decir algo, pero en lugar de ello, dirigíó un nuevo disparo hacia el exterior.

-Podría intentar, por ejemplo -habló al cabo de un rato-, hacer un orificio en la parte posterior del cobertizo. De lo contrario nos exponemos a quedar aquí encerrados varias horas hasta que lleguen auxilios a ese amigo de ahí fuera.

-Buena idea -reconoció Scott. Y se dispuso a llevarla a la práctica.

Pero aunque herramientas no les faltaban, la cosa prometía no ser demasiado fácil. Con un pico atacó briosamente él muro, solamente para descubrir que, debajo del revestimiento de yeso, la pared era de hormigón armado. Seguramente el granjero era hombre precavido y había tratado de evitar en lo posible los riesgos de un incendio.

-Tenemos para un rato -comunicó desmayadamente a su compañero-. Esto parece peña viva. ¡Si al menos hubiera alguna ventana!

-No malgaste las fuerzas hablando -replicó el otro con mordacidad.

Acompañado por el seco restallar del rifle casi a su lado, y por el lúgubre rebote de algún proyectil en la pared, aunque él se encontraba fuera de la línea directa de tiro, Bill Scott aplicó todas sus energías a golpear rabiosamente. No parecía adelantar mucho, pero, al menos, desahogaba su cólera: cólera contra sí mismo, por su inutilidad para defenderse de aquellos asquerosos amarillos; contra ellos por haberle cogido, aunque impensadamente, en una ratonera de la que no parecía iba a ser demasiado fácil escapar; y cólera, finalmente, contra aquel crío que le estaba dando una lección de cómo había que comportarse en semejantes circunstancias.

No fue sino al cabo de un rato que comenzó a calmarse. En fin de

cuentas, su incapacidad en este caso no significaba que fuera un inútil. Valor no le faltaba. Simplemente no estaba entrenado para matarse a tiros con sus semejantes.

Y su ira cedió paso a la fría resolución de demostrarle a su hasta ahora incógnito aliado que Bill Scott no solamente servía para algo, sino que era capaz de superarle en la mayoría de las ocasiones.

-Creo -comentó por decir algo. En realidad lo mismo hubiera podido iniciar una conversación sobre el tiempo que estaba haciendo-, creo que dos personas que están en un apuro, como nosotros ahora, están obligadas, como mínimo, a dos cosas.

-¿Cuáles? -pregunto extrañado el otro, levantando la cabeza para fijarla en él.

El amarillo que Scott dejara inconsciente, pegó el rostro al suelo. Hacía rato que recuperó el sentido y solamente aguardaba la ocasión para echar una mano que inclinase la balanza del lado del que afuera se parapetaba tras el montón de piedras. El intempestivo movimiento del muchacho le obligó a posponer sus planes.

-Una, a tutearse. Pareces bastante más joven que yo -sin aguardar el consentimiento del otro inició el acercamiento amistoso-, pero no careces de todo lo que necesita un hombre hecho y derecho.

El jovencito se volvió a su primitiva posición. Su rostro había enrojecido violentamente y tenía los carrillos hinchados. Hizo un disparo hacia el exterior, pero la risa contenida estalló en aquel momento en forma de sonora carcajada, estropeándole la puntería.

Bill quedó estupefacto por unos segundos, dejando de golpear la pared. El otro seguía riendo a mandíbula batiente.

Reuniendo todas sus fuerzas, Scott lanzó el zapapico enérgicamente. La herramienta pasó a través de la delgada capa de argamasa que restaba, quedando empotrada en el agujero practicado por ella misma.

-¿Qué te ocu...? -en lugar de terminar la frase, lanzó su cuerpo en un acrobático salto, cuando al girar la cabeza vio al oriental a quien creía sin sentido, desenvainando el largo machete con ánimo de ensartar en él al muchacho que continuaba riendo en el suelo, inadvertido del peligro que se cernía a sus espaldas.

Chocó en el aire con el abigarrado militar, yendo ambos a caer sobre

el compañero de Scott, que lanzó un grito de sobresalto y dolor, expulsando violentamente el aire de sus pulmones por el peso combinado de ambos. Bill tenía fuertemente atenazada la muñeca del asiático y los dos se revolcaron por tierra a sabiendas de que la lucha no podía terminar sino con la vida de uno de ellos.

El soldado lanzó un alarido cuando su nariz entró en rudo contacto con la frente de Scott, pero ello no le impidió tender una mano alevosa con ánimo de hincarle las agudas uñas en los ojos. Bill se vio obligado a hundir la cabeza en el pecho del otro para atajar la maniobra, al tiempo que le golpeaba con toda su alma en los riñones.

No había tiempo ni era ocasión de luchar caballerosamente, y tanto uno como el otro utilizaban todas las tretas y artimañas sucias que el hombre ha inventado a través de las edades para el combate cuerno a cuerpo. Una exclamación de angustia escapó de los labios de Scott al recibir un fuerte rodillazo en la ingle, y por unos instantes creyó que iba a perder el sentido. Su compañero, momentáneamente inutilizado también, boqueaba. afanosamente tratando de recobrar el resuello.

Bill se vio perdido cuando el otro, aprovechando su pasajero abatimiento, le hizo voltear hasta tenerle debajo, al tiempo que esgrimía su mano armada, libre ahora. Con un frenético esfuerzo trató de detenerle y la acerada hoja penetró en su brazo izquierdo causándole una tremenda herida.

El espantoso sufrimiento le hizo olvidar por unos instantes el motivo de la pelea. Le movía solamente el ansia de vengar los agudos dolores que estaba sintiendo, cuando levantó el puño derecho mientras el oriental trataba de repetir el fallido golpe. Sus nudillos se estrellaron entre los ojos de su adversario haciéndole perder el equilibrio y Scott saltó sobre él como impulsado por un muelle. Nuevamente rodaron por el suelo, pero la gran pérdida de sangre que el americano estaba sufriendo decidiría rápidamente la lucha. Ya comenzaban a bailar las imágenes ante sus ojos... Una. sombra cayó sobre los combatientes. La producía un hombre que, plantado en el vano de la puerta, buscaba el resquicio oportuno para disparar su pistola sin herir al amigo.

Semiinconsciente, Bill Scott continuaba tratando de defenderse. Sus nervios auditivos apenas captaron el fragor de dos disparos casi simultáneos, pero algo gelatinoso, le envolvió como una telaraña, oprimiéndole

fuertemente contra su adversario. Durante unos segundos ambos se debatieron, pero bastaba el más ligero movimiento para que un acerado cable acudiera, sujetándolos.

Finalmente optaron por quedarse quietos.

Scott veía por el rabillo del ojo a su joven amigo, semiincorporado, con una mano en el pecho y el rostro contorsionado por un rictus doloroso. A su lado el rifle, con una tenue nubecilla de humo elevándose aún del cañón. Y más allá el cuerpo del oriental que se había aproximado aprovechando la confusión creada por el ataque del que ahora estaba sujeto a Bill... para recibir un certero balazo que le dejó fuera de combate.

El jovencito clavó sus ojos en los dos hombres estrechamente unidos... la gran mancha de sangre que los cubría, procedente del maltrecho brazo de Bill. Sobresaltado, se aproximó tratando de auxiliar a este último. El americano se lo impidió con un grito.

-¡No te acer...! ¡glub! -un minúsculo tentáculo plástico se le adhirió a los labios, amordazándole por completo. Scott se acordó de la escena que presenciara varios días antes: dos desgraciados perros debatiéndose inútilmente en un cepo similar al que ahora le encerraba a él.

Pero su compañero era persona de recursos. En un segundo había captado el sentido de lo que ocurría y se guardó de aproximarse. Arrastró su maltrecho cuerpo hasta donde estaba el que disparó la pistola. Sus manos, sin delatar demasiada emoción ante el contacto con un cadáver, registraron todos sus bolsillos, y al cabo de pocos minutos se incorporaba moviendo la cabeza con aire de duda.

-No he encontrado más que esto. Pero supongo que es lo que necesitamos.

Se trataba de una especie de linterna. Como medida de precaución empuñó la pistola del muerto y apuntó a la cara del oriental que quedaba con vida.

-Si mueves un solo músculo te meto una de estas pastillas de «chicle» en la sesera. Ya sé que no matan, pero...

La linterna tenía una especie de resorte. Al oprimirlo sonó un levísimo zumbido al tiempo que emitía un delgado rayo de luz verdosa. Las ligaduras se aflojaban instantáneamente al bañarlas la luz, y en pocos instantes los dos hombres estuvieron libres. El oriental no movió ni un solo músculo, sabiendo

lo peligroso que podía ser un disparo del arma aquella en la cabeza. Si le cubría la boca y la nariz moriría asfixiado.

-¡Apártate! -ordenó el muchacho. Bill obedeció y un simple movimiento del índice envió un proyectil a las manos del asiático-. Así no tendremos que preocuparnos de él. ¡Vámonos de aquí!

-Estás muy débil, muchacho. ¿Qué te ocurre? -preguntó Scott.

-Nada de particular -sonrió-. Creo que entre tú y ése me habéis roto media docena de costillas. Ya se me pasa. ¡Déjame que te vea ese brazo!

Scott obedeció. La herida no era demasiado grave, pese a lo aparatoso de la hemorragia. Un pañuelo fuertemente atado bastó para contenerla.

-En casa te curaré mejor. Ahora larguémonos de aquí lo más aprisa posible.

-Guarda esa pistola -advirtió Bill-. La necesito.

-No pensaba dejarla. Yo también quiero ver lo que tiene dentro.

Lo más rápidamente que pudieron, que no era lo que ellos hubiesen querido a causa de la debilidad del uno y los dolores que el otro sentía en el pecho, se introdujeron en el cañón cuya boca se abría cerca del que fue refugio de Scott durante varios días.

-¡Oye...! -jadeó Bill al cabo de un rato-. ¿Es muy lejos?

-No. Pronto llegaremos.

-Podríamos descansar... -hizo la sugerencia con cierto rubor, avergonzándose de su debilidad al lado de quién parecía un alfeñique comparado con él.

-Sí, será mejor. Yo también lo necesito.

Se sentaron bajo una cornisa que los resguardara del ardoroso sol. Scott alargó su mano derecha.

-Déjame que te vea esas costillas, muchacho... -el otro dio un salto atrás. Su rostro se encendió de indignación.

-¡Eh, oye! ¿Qué te has creído? -repentinamente cambió de actitud, echándose a reír- ¡Claro, no te has dado cuenta aún!

-¿Cuenta..., de qué?

-Cuando nuestro amigo nos ha interrumpido -sonrió alegremente al recordarlo, y sus facciones acusaron un pinchazo de dolor- yo me estaba riendo... ¿recuerdas?

-Si. Y te iba a preguntar qué te pasaba.

-Tú acababas de decir que yo parecía más joven qué tú, pero -un nuevo acceso de hilaridad le interrumpió- pero que era muy hombre...

-Y lo repito: eres valiente y no vuelves la cara. Tu debilidad física no...

-Me llamo Kathleen Rainer, ¿y tu?

-Bill Scott, pero no... -quedó con la boca abierta unos momentos-. ¿Cómo has dicho?

-Para los amigos, Katy Rainer.

-¡Diablos! ¡Cuando uno mete la pata, la mete bien! ¿Cómo iba yo a suponerme que tú eras una mujer?

CAPÍTULO IV

Largo rato se mantuvieron en silencio, fingiendo descansar. En realidad, cada cual estaba sumergido en sus propios pensamientos.

Bill Scott pensaba que la muchacha era guapa, y que lo que antes le pareció un hombrecillo enclenque, casi recién salido de la infancia, era una figura soberbia de mujer, ágil, fuerte, y dotada de un valor que para sí quisieran muchos del sexo contrario.

-Nos hemos salvado mutuamente la vida. En las circunstancias presentes resultaría una locura separamos -pensaba- porque juntos podemos llegar más lejos… aunque bien poco. A mi alrededor necesito hombres dispuestos a todo, para que me ayuden a liberal a los compatriotas prisioneros de esos amarillos del demonio. Con ellos podríamos formar un ejército y emprender la reconquista de lo que nos han quitado. Pero, ¿qué hago yo con la sola compañía de una muchacha?

-¡Vámonos, Bill! -apremió ella, poniéndose en pie.

El se sentía tan agotado como antes, pero con un formidable esfuerzo de voluntad la siguió. A veces tenía que apoyarse en los peñascos que los rodeaban, para ayudarse.

Media hora más de marcha y Katy se detuvo ante una cabaña apenas visible desde cierta distancia.

-Aquí es. Puedes entrar en nuestra casa.

Una mesa y dos sillas, toscamente fabricadas con leños de los alrededores era el único mobiliario. En un rincón un par de estantes soportaban algunos útiles de cocina, tan rústicos como la mesa y sillas.

Scott quedó desencantado.

-¿A... aquí vives tú?

Ella asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

-¿Te gusta la casa?

-Francamente, no. Sin que ello signifique crítica alguna, pensaba qué estarías mejor instalada. ¿Dónde duermes? No veo cama ni nada que se le parezca…

-Siéntate y descansa. Hemos de hablar.

Bill tomó una silla, apoyando el brazo sano en el tablero de la mesa.

-Cuando quieras. Te escucho.

Estaba intrigado ante la repentina actitud seria de la joven.

-Ya te he dicho cómo me llamo -comenzó ella-. Debes saber también que pertenezco al Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército, con el grado de teniente.

-¿Y pretendes que me ponga a tus órdenes para atacar a esos amarillos? En la primera batalla perderíamos todos nuestros efectivos... -dijo zumbonamente, sin demostrar sorpresa.

-No, no es eso -con uno de aquellos enérgicos movimientos peculiares en ella. se puso en pie-. Mejor será que te lo explique de otra forma.

De un pequeño montón tomó algunas astillas, y segundos más tarde se elevaban diminutas llamaradas en el hogar, que ella iba alimentando hasta convertirlas en una hoguera regular.

Scott la miraba sin comprender a qué se debía la maniobra.

-¡Oye...! -dijo, al fin, extrañado-. ¿Qué es eso que querías explicarme? -y viendo que ella no parecía haberle oído, prosiguió-: Lo único que vas a lograr con ese fuego es que alguien vea el humo y venga a investigar por aquí.

-No hay cuidado -repuso Katy con una sonrisa-. Esta leña no produce humo. Y forma parte de mi explicación...

Dejó que el calor invadiera toda la cabaña. De vez en cuando consultaba un termómetro absurdamente colgado junto al fogón. Naturalmente, la temperatura que señalaba era muy superior a la real por su proximidad a la fuente del calor.

Tras la última ojeada a la escala graduada dejó de manifestar interés por el fuego. Además, no había mostrado intención alguna de utilizarlo. Acercando la cabeza a la pared, debajo del termómetro, se reclinó como pretendiendo descansar unos instantes.

Sus labios se fruncieron para silbar una pegajosa melodía que estuvo de moda dos o tres años antes.

-¡Ya está! -su cambio de actitud fue tan repentino que Bill se sobresaltó ligeramente. La joven se levantó del suelo y haciendo una seña a Scott salió de su cabaña. El la siguió preguntándose si los peligros pasados no habrían alterado el buen funcionamiento de su mente.

Katy abrió paso a través de los matorrales hasta llegar a la parte posterior de la choza. Un negro agujero se abría bajo un peñasco casi pegado a la pared de troncos y por él se introdujo casi a rastras, sin vacilar, seguida por el asombrado Bill Scott, quien se encontró en una cavidad de regulares

dimensiones, sumergida en la penumbra.

-¡Agacha la cabeza! -advirtió la muchacha. Obedeció justo a tiempo de evitar que la roca qué tenían encima le golpeara en su descenso, y tan pronto como la abertura por la que habían entrado estuvo totalmente cerrada, el lugar se iluminó mediante focos eléctricos-. Ya hemos llegado. ¡Ahora que nos busquen! Paseando la mirada en derredor, Scott vio el arranque de un pasadizo que penetraba hasta las entrañas del acantilado que formaba una de las paredes del cañón recorrido por ellos poco antes.

-Bien -dijo finalmente-. ¿Quieres ahora explicarme qué es esto?

-Uno de los secretos mejor guardados del mundo actual: el Laboratorio de Experimentación «A. G.». ¿Habías oído hablar de él alguna vez?

-Nunca -reconoció Scott-. ¿Qué significan esas iniciales, «A. G.»?

-«Antigravedad». Aquí están concentrados los mejores cerebros del país en cuanto tenga posible relación con la electrónica, mecánica, magnetismo... y algunas cosas más. Trataban de buscar algo que permitiese vencer las fuerzas gravitatorias por medio de campos semejantes a los magnéticos. Ello nos hubiera hecho dueños del Sistema Solar, y quizá de otros más lejanos... Ahora no son sino unos pobres paralíticos a los que hay que alimentar para que no se mueran, de hambre.

-¿También ha llegado aquí la peste?

-Al mismo tiempo que al resto del mundo. Tenemos treinta y tres enfermos entre científicos, soldados y ayudantes. Yo soy la única que ha eludido la infección, y gracias a ello los demás siguen viviendo.

-No me explico cómo lo has podido lograr...

-¿El qué? ¿Mantenerme sana? Posiblemente de la misma forma que tú mismo. Debemos ser naturalmente resistentes al virus, bacteria o lo que sea, que produce la peste.

Mientras hablaban habían ido penetrando por el pasillo descendente. Katy se volvió para dirigirle una advertencia.

-No trates de regresar por tu cuenta... ni por ésta ni por las otras salidas que ya irás conociendo. Podría ser peligroso. De venir tú solo ya habrías muerto más de veinte veces.

-Comprendo. Esto debe estar sembrado de «trampas para bobos» -asaltado por una súbita duda, preguntó-. ¿Supongo que trabajaríais para el

gobierno?

-¡Naturalmente! ¿Creías acaso que esto era cosa particular?

-Ya me figuraba que no sería así, pero nada cuesta asegurarse... ¿Os han faltado los víveres?

-No -rió-. Ni en otros diez años. ¿Por qué lo preguntas?

-Porque no me explico qué hacías tú fuera de aquí cuando te cogieron. Si no tenías necesidad de salir...

-El caso es que «sí» era preciso que saliera, de aquí -habían llegado ante una puerta de acero, y Katy maniobró cabalísticamente ante ella mientras hablaba-. Detrás de esta puerta comienza el laboratorio. Por allí puedes andar con plena libertad... mientras cuides de no tocar ningún aparato de los muchos que hay. Morirías electrocutado casi con seguridad... Como te decía: todo el mundo aquí dentro está paralizado. Yo, sin conocimiento alguno, guiada por el doctor Kubler desde la cama, he estado experimentando en busca de un remedio, inútilmente por cierto. Sabíamos lo peligroso que era asomarse al exterior pero se hizo imprescindible para lograr algunos ingredientes que nos faltaban, so pena de continuar así toda la vida...

-Y apenas sacaste la nariz del agujero, te pillaron -le interrumpió Scott.

La puerta se abrió, dejándoles paso a una galería transversal.

-Exactamente -sonrió ella-. No era el mismo sitio por donde hemos entrado y fui a caer en medió de una patrulla. Hubiera podido regresar, pero cuando me di cuenta ya me habían visto y ello hubiera sido indicarles una de las entradas al laboratorio. Preferí dejarme coger.

-Y tuviste la suerte de que se detuvieran en la granja donde estaba yo.

-Sí. Íbamos en un coche, ellos excitadísimos por haber podido capturar a alguien que no padecía la peste. La carretera pasa por la cima del monte que hay detrás de la granja y decidieron bajar a echarle un vistazo... ¡Ya estamos!

Se encontraban parados en la puerta de una extensa habitación, totalmente llena de camas alineadas como en un hospital. Scott las contó: treinta y tres, todas ocupadas por un hombre o una mujer. Se hizo idea del agotador trabajo que habría representado para la muchacha el atender a tantos enfermos. ¡Y aún le había quedado tiempo para realizar experimentos!

No tuvo más remedio que inclinarse mentalmente ante ella. ¡Era una

mujer de una vez! Y sonrió para su interior al recordar que la misma opinión había formado cuando la creyó un chiquillo.

-¡Hola, viejo! -saludó Katy, aproximándose a la primera cama. En ella estaba tendido un hombre de unos cincuenta y tantos años, facciones bondadosas y cabellos grises. Su mano golpeó delicadamente la mejilla del yaciente-. Traigo un nuevo recluta, que, supongo podrá ayudarnos en algo.

-¿Quién es? -el pobre se esforzaba visiblemente en volver la cabeza. Scott se situó ante él para que le viera bien-. Gracias, joven. Creo que congeniaremos, aunque resulta difícil no perder los estribos de vez en cuando con un equipo de gruñones inútiles como los que ve aquí.

Varias voces de protesta se elevaron desde las otras camas. Scott sintió inmediata simpatía por el hombre.

-Procuraré ser lo más útil posible, señor...

-Es mi padre -dijo Katy en voz baja, a su lado-. El comandante Rainer, jefe del laboratorio en su aspecto militar. El que en realidad dirige los trabajos es el profesor Cooper. Ahora te lo presentaré.

Cuando al cabo de media hora hubieron recorrido toda la espaciosa habitación, Scott había intercambiado saludos y sonrisas amables con todos los imposibilitados. Regresó junto al comandante.

-Ya estoy presentado a todos, señor. Ahora le agradecería que me diese las órdenes que orea oportunas...

-La primera es que deje que Katy le cure ese brazo. No tengo el menor deseo de que se nos muera.

* * *

-Todo en orden, señor -anunció Katy Rainer casi dos horas más tarde, dirigiéndose a su padre en un remedo de saludo militar. Se sentía rígida y envarada bajo los ceñidos vendajes que le había colocado Scott en el abdomen bajo la supervisión del doctor Kubler, pero respiraba con mayor libertad y sin los molestos pinchazos de antes- Se ha distribuido el rancho a la guarnición y los heridos han sido curados por el cuerpo médico. ¿Alguna orden más?

-Ninguna, teniente -el comandante siguió la broma de su hija-. Tomad asiento.

Había colocado juntas las camas de Rainer, el profesor Cooper y el doctor Kubler. Katy y Bill Scott se dejaron caer en sendas butacas.

-¿Qué piensa hacer ahora, Scott? -preguntó el militar-. Ya ve que lo

único que le aguarda si continúa con nosotros es él oficio de enfermero para el resto de su vida, cuidando a unos inútiles que no sirven para nada.

-Supongo, señor, que su forma de expresarse no refleja con exactitud sus intenciones -repuso Bill-. Usted desea saber si mis proyectos para el futuro consisten en luchar contra el enemigo que se ha adueñado del país o bien huir mientras pueda y luego rendirme incondicionalmente. ¿Acierto?

-Ha dado en el clavo -contestó sonriendo el comandante.

-Pues bien. Mi respuesta es: ¡estoy dispuesto a luchar hasta el fin! Más aún ahora que me encuentro respaldado por un equipo de técnicos y militares de primera fila... No, no me vengan con falsas modestias, señores -atajó al ver que algunos pretendían rebatir su afirmación-. A un lugar como éste no podían sino destinarse personas de excepcional valía en todos los aspectos. Continuando: de los treinta y cinco que nos encontramos aquí, solamente dos podemos desenvolvernos libremente. Uno es preciso que permanezca en el laboratorio para atenderles a ustedes. Como, cualesquiera que sean los planes de combate que tracemos, alguien ha de salir al exterior, solamente quedo yo para ocupar ese puesto, ¿está claro?

-No puede estarlo más, muchacho -Kubler contestó por todos-. Nuestros proyectos más inmediatos abarcan solamente hasta el instante en que hubiéramos encontrado un remedio a nuestra parálisis. Usted, por lo que ha dicho y yo supongo, debe llevar bastante tiempo tramando alguna acción contra el enemigo. Por tanto, explíquenos en qué consiste, y discutiremos su viabilidad.

-Francamente, hasta ahora no había pensado sino en ocultarme. Antes de hacer nada quería estar en condiciones de tener alguna probabilidad de éxito. Katy les puede decir que soy una perfecta nulidad con las armas en la mano.

-¿Es cierto eso? -preguntó Cooper. La chica asintió.

-En consecuencia nos tomaremos el tiempo que sea necesario para que Katy me adiestre ligeramente en el tiro al blanco. A la vez daremos lugar a que sanen por completo mis heridas. Y si hasta entonces no hemos hallado aquí una cura o formulado un plan mejor, pienso que la única solución que cabe es acudir al enemigo para que, de grado o por fuerza, nos facilite los medios de que ustedes recuperen los movimientos.

-¿Y quién le dice a usted que el enemigo puede hacer eso? -la voz de

Rainer sonaba incrédula.

-No se necesita ser un lince para estar seguro de ello, si se ha visto lo que yo: centenares de enfermos por la «parálisis azul», en su grado más avanzado, moviéndose libremente y trabajando sin sentir molestia alguna en apariencia.

-Será peligroso en grado sumo intentarlo -advirtió Cooper.

-Nunca he pensado que no lo fuera, profesor. La batalla en que estamos empeñados nos obligará a jugarnos la vida con desventaja muchas veces. Y, reconocerán ustedes, la cosa, lo merece. De otra forma, jamás lograríamos adelantar un solo paso.

-Sí. Creo que tiene usted razón. Si al menos se hubiera retrasado la peste un par de meses...

-¿Representaría ello alguna diferencia? -preguntó Scott con viveza.

-No lo sé, con franqueza -reconoció el profesor, ligeramente abatido-. Cuando nos atrapó la fiebre yo creía estar a punto de conseguir lo que buscaba. Pero nunca se puede estar seguro...

Fue imposible arrancarle más. El profesor Cooper era ligeramente supersticioso cuando se trataba de hablar de su trabajo y se mostró irreductible..

Bill Scott permaneció en el laboratorio más tiempo del que creyera necesario al principio. La herida de su brazo cicatrizó sin dificultad, pero Kathleen Rainer no creyó oportuno dejarle salir hasta que le consideró plenamente capacitado para manejar las armas de fuego. No la ablandaron las reflexiones que él le hizo de que no iba a entablar una batalla sino solamente a realizar una descubierta.

-Recuerda el compromiso en que te viste el día que nos encontramos -decía ella tercamente, y Scott no dejaba de reconocer que en cierto modo tenía razón-. Nadie sabe lo que puede pasar.

-¡Pero si ni siquiera pienso llevar armas!

-No. Desde luego no esperes llevarte una ametralladora pesada... -replicaba ella zumbonamente-. En primer lugar, no la tenemos. Pero sí te llevarás una «lapa».

Se refería a una pistola cargada con aquellos diabólicos proyectiles que tendían una viscosa red sobre cualquier cosa viva que se moviera. No les había sido demasiado difícil analizar la composición de las cargas, que se

podían adaptar a cualquier arma de fuego. El reproducirlas no constituyó problema alguno. Las habían bautizado con el nombre de «lapas» por lo difícil que resultaba desprenderse de ellas a no ser con la radiación especial de la «linterna» encontrada en el cuerpo del oriental que mató Katy el día que se conocieron.

Pero todo llega en este mundo y, por fin, el impaciente Bill Scott se encontró cierto día caminando en dirección a la ciudad más próxima. Escarmentando en cabeza ajena se había cuidado mucho de no incurrir en el error de la muchacha saliendo a una carretera, y viajando de noche y ocultándose de día pudo alcanzar su objetivo sin demasiadas dificultades.

CAPÍTULO V

Braddok estaba tan solitario en apariencia como con anterioridad a la llegada de los orientales. Más aún, puesto que de sus calles habían desaparecido los perros vagabundos, emigrados posiblemente en busca de nuevos lugares donde pudieran alimentarse.

Era de noche oscura cuando Bill Scott se atrevió a penetrar en la pequeña ciudad. Pero apenas llegado a las primeras casas de la avenida principal, buscó refugio en una casita aislada. Extremaba las precauciones hasta saber exactamente el terreno que pisaba.

-Ocupado, amigo -le sobresaltó una voz apenas hubo abierto la puerta-. ¿No puedes buscarte otro, sitio?

Bill no sintió ningún tono amenazador en el que hablaba. Terminó de cerrar la puerta, y cuando estuvo seguro de que ningún rayo de luz podría trascender al exterior, accionó la linterna que llevaba en la mano izquierda. En la derecha empuñaba la «lapa» provista de silenciador.

El ocupante de la vivienda era un hombre de piel azulada, confortablemente tumbado sobre un diván. Al caer la luz sobre sus pupilas, entornó los ojos.

-¿Necesita ayuda? -preguntó Bill. Instantáneamente comprendió qué acababa de decir una tontería, ya que el individuo se incorporó, apoyándose sobre un codo. No sufría parálisis.

-¿Ayuda, para qué? -dijo con extrañeza.

-Como veo que sufre la «fiebre azul», pensé...

El otro forzó la vista inútilmente tratando de verle al otro lado de la potente linterna. Bajó los pies al suelo, quedando sentado.

-¿De dónde sale usted? -su entonación indiferente había cedido el paso a otra de asombro. Bill empuñó con más fuerza la pistola.

-Vengo de... fuera de la ciudad. Llevo algún tiempo sin hablar con nadie y no sé cómo están las cosas.

Tratando de mostrarse tranquilo, se sentó en una silla. El otro soltó una corta carcajada. Volvió a tumbarse en el diván.

-¡Vaya, hombre, me habías sobresaltado! -rió. Repentinamente se quedó serio-. Oye, no te conozco por la voz. ¿En qué taller trabajas? ¿O eres nuevo?

-Ya le he dicho que acabo de llegar -repuso Bill cautelosamente.

Temía estarse comprometiendo, pero el interés de averiguar algo importante le obligaba a permanecer allí.

-Está bien. Pues, para tu gobierno te advierto que en este pueblo salimos a unas diez casas por cada uno... y la costumbre es que nadie impida estar solo a quien no desee compañía.

-Comprendo -Bill se decidió a preguntar directamente. Siempre le quedaba el recurso de inmovilizar al hombre de un disparo-. Mire, amigo.

Volviendo rápidamente la linterna enfocó sus facciones con ella.

-¡No estás «azul»! -ahora sí que se le notaba asombrado.

-Precisamente. No estoy azul. Y le advierto que en la otra mano llevo una pistola, muy útil si usted se pone terco...

-No tengo nada contra ti, muchacho. Puedes guardarla con tranquilidad. ¿Qué quieres?

-Lo primero saber cómo puede usted moverse. Tenía entendido que los atacados por la parálisis azul no lo lograban jamás.

-Y así es. Los chinos nos dan cada tarde un comprimido... Yo acabo de tomar el mío. Eso nos permite movernos durante veinticuatro horas.

-... Con lo que -concluyó Scott- no tienen necesidad alguna de vigilarles. Nadie escapará sabiendo que ello significa la muerte segura en el mejor de los casos. ¿Y dice usted que son chinos?

-No sé qué demonios son. Nosotros los llamamos chinos porque lo parecen. Con seguridad que proceden del Asia.

-¿Los obligan a trabajar?

-No a todos... en el sentido de trabajos rudos. A los técnicos, profesores y demás que pueden servirles de algo los dedican a la enseñanza. En las escuelas solamente se permite la entrada a los asiáticos.

-Y supongo que a los americanos los utilizarán hasta que ellos les hayan extraído todo lo que saben. Entonces...

-Eso pienso yo algunas veces, muchacho. Luego, con suprimirnos los comprimidos acaban con nosotros en veinticuatro horas, y ellos se quedan dueños de todo esto. Pero no podemos hacer hada por evitarlo.

-No estamos de acuerdo. Yo estoy seguro de que podemos luchar y vencerlos.

-¿Y cómo?

Bill decidió que una pequeña mentira no haría daño.

-Me ve a mí, ¿no? Estoy libre de la enfermedad. Como yo hay otros... y pueden haber más aún. Creo que los americanos seguimos siendo mayoría en América.

-¿Quieres decir que tienes una cura definitiva para la enfermedad de la parálisis?

-Es posible, que sí... y es posible que no. Lo único que puedo decirle es eso: yo estoy sano.

-¡Daría la mitad de lo que me queda de vida por estar como tú! ¡Yo y todos los que están así! Puedo hablar en nombre de todos nosotros. ¿Qué hemos de hacer?

-Necesito su ayuda. Si me traiciona, posiblemente moriré, pero usted no habrá ganado nada. Por el contrario, si tengo éxito, estaré en condiciones de ayudarles a ustedes.

-Me llamo Art Loges -extendió la mano.

-Yo Bill Scott -luego de guardar la pistola correspondió al gesto de Loges.

Aquella noche apenas durmieron ninguno de los dos. Bill preguntaba incesantemente, recopilando información. Finalmente tuvieron trazado un plan que no era ningún modelo de estrategia, pero que podría servir para el caso.

* * *

Tenía que reconocer que Loges había hecho un buen trabajo. La docena de hombres reclutados causaban la impresión de una aguerrida fuerza; todos de facciones enérgicas, musculados y ágiles, parecían capaces de llevar a cabo con éxito cualquier misión en que fuera necesario el empleo de la fuerza bruta combinada con la inteligencia.

Scott no había andado con rodeos cuando al anochecer se le reunieron en las afueras de la ciudad. Art Loges trató con ellos durante las horas de trabajo, trayéndolos directamente allí al terminar la jornada.

-Supongo que Art os habrá explicado de qué se trata -dijo, paseando una mirada de aprobación sobre el grupo-. No podemos permitirnos el lujo de fracasar, ya que la operación tendrá lugar mañana a últimas horas de la tarde. Alguno de nosotros morirá casi con seguridad. No disponemos de más armas que esta pistola, de forma que el raid, si no tenemos mucha suerte, será cualquier cosa menos fácil. Y caso de vernos obligados a huir ya sabéis que

caeréis víctimas de la parálisis durante la noche. ¡Nuestra única esperanza está en el éxito!

-Están dispuestos a lo que sea, Bill -intervino Loges- con tal de hacer algo por librarse de esos malditos chinos. ¿No es verdad, muchachos?

Varias voces contestaron afirmativamente a coro, y bajo las primeras sombras del atardecer marcharon en busca de un buen lugar donde pasar la noche. No temían el verse descubiertos por alguna patrulla con tal de que entre ellos no descubrieran al único que carecía de piel azulada, Scott, ya que gozaban de libertad casi absoluta de ir a donde quisieran a condición de encontrarse a la hora señalada en él lugar de trabajo. La falta de puntualidad era castigada con la privación durante uno o varios días de los comprimidos anuladores de la parálisis, y con ellos la reducción o supresión, según los casos, de las raciones alimenticias.

Y los invasores estaban razonablemente seguros de que únicamente ellos podían proporcionar a sus cautivos las codiciadas tabletas.

-No lo estarán tanto -decía Loges- cuando reciban nuestra tarjeta de visita.

Aquella noche y parte del día siguiente se mantuvieron ocultos en una casa de campo abandonada. Era ya casi media tarde cuando tomaron posiciones a un lado y otro de la carretera.

-¿Estás seguro de que pasarán por aquí? -preguntó Scott con cierto recelo.

-Completamente, puedes estar tranquilo -sonrió Loges-. Como conductor de camión he hecho el viaje docenas de veces.

-¿Y tienes confianza en el que lo traerán hoy?

-Absoluta. Por ese lado no hay problema.

Esperaron. Pasó una hora.

Desde su escondite entre los altos matorrales que bordeaban el camino vieron aparecer una nube de polvo en la lejanía, que pocos minutos después se convertía en una camioneta ligera, seguida por un coche de turismo. Ambos vehículos llegaban lanzados, aprovechando la recta.

La camioneta atacó la ligera curva a buena marcha. Inopinadamente encontró el camino obstaculizado por un pedrusco, no de gran tamaño, pero sí el suficiente para hacerla volcar o reventarle una rueda si llegaba a pisarla. El chofer, en un último esfuerzo por esquivarla, desvió el volante. Un árbol se

interpuso en su ruta…

El turismo se detuvo a su lado con un seco frenazo, pero sin que ninguno de sus ocupantes saltara al suelo.

Maldiciendo sonoramente, el conductor de la camioneta descendió para comprobar las averías, seguido del oficial que le acompañaba.

-¿Podremos continuar? -preguntó éste en un inglés chapurreado.

-Creo que sí, aunque no estoy demasiado seguro. Tendré que verlo.

Levantó la capota y asomó la cabeza al motor. Durante un rato hurgó allí dentro. De vez en cuando subía a la cabina y trataba de ponerlo en marcha, inútilmente al parecer.

Los del coche miraban lo que hacía, impacientes por reanudar la marcha. Uno de ellos se volvió casualmente al lado contrario... y su grito de alarma llegó con medio segundo de retraso.

Seis o siete hombres llegaban corriendo, y sin vacilar se lanzaron contra el turismo. Hubiera sido suicida enfrentarse con los asiáticos armados que lo ocupaban cuando ellos solamente disponían de sus manos desnudas. Por ello, aferrándose a la parte inferior del chasis pusieron en tensión sus músculos.

El lujoso coche dio una vuelta de campana.

Mientras, el oficial que acompañaba al chofer de la camioneta había desenfundado su pistola. Su primer disparo hizo rodar por tierra a uno de los atacantes, y el hombre permaneció inmóvil sabiendo que jamás podría librarse por sí solo de la tupida malla plástica que le sujetaba.

No pudo apretar el gatillo por segunda vez, ya que otro individuo, el único cuya piel era de color blanco, poseía un arma igual que la suya, e hizo uso de ella.

Entretanto habían salido nuevos hombres, que concentraban sus esfuerzos en dominar a los maltrechos ocupantes del turismo, los cuales, pese al barullo que se habían formado, comenzaban a utilizar sus armas... con proyectiles metálicos sin relleno de ninguna clase. Dos hombres de piel azul yacían ensangrentados, muertos, cuando los demás lograron acabar con la resistencia de los asiáticos, mientras otros tres sufrían heridas de menor consideración.

El chofer de la camioneta había colaborado eficazmente en la batalla; y ahora se examinaba un leve rasguño en el brazo. El propio Scott no había

escapado totalmente indemne, si bien sus lesiones carecían de verdadera importancia.

-¡Hay que salir rápidamente! -gritó-. Prended fuego al coche y subamos todos en la camioneta.

Obedecieron con la presteza del que sabe a lo que se expone. Bill hizo uso del aparato nulificador para liberar al hombre alcanzado por el disparo del oficial, y recogiendo las anuas de los vencidos las distribuyó entre sus hombres por si tenían necesidad de ellas.

-¿Está eso ahí? -preguntó con ansiedad, subiendo el último a la camioneta.

-¡Pues no faltaba más! -repuso gozosamente Loges, señalando una pequeña cajita, de unos treinta centímetros de lado-. ¡Aquí tenemos para varios meses!

-¡Acelera, chófer! ¡Aquí no nos queda nada que hacer!

El interesado no sé hizo repetir la orden, y pisó a fondo el pedal. Aún estaban en peligro, y lo estarían mientras no abandonaran el vehículo.

-¿Qué dirección tomamos? -preguntó con la vista fija en la cinta asfaltada. El menor descuido a la velocidad que llevaban, podía precipitar a todos al desastre.

-Sigue recto hasta que encuentres un camino transversal por la izquierda. No vamos muy lejos.

Scott estaba ansiando hacer una pregunta a Loges, pero había estado demasiado ocupado hasta entonces para ello. No podía olvidar a la muchacha del cabello castaño y delicadas facciones que atendiera durante varios días mientras ella permanecía inmovilizada por la parálisis en una casa de Braddok. Había visto cómo los asiáticos sacaban de la casa a Doris Arlan horas después de que estuvieron a punto de capturarle.

Ahora, aprovechando la momentánea inactividad, se volvió hacia el hombre de piel azul que reclutara a sus recientes aliados.

-¿Dónde vivías antes de la epidemia, Art?

-En el Este, concretamente en Petersburg, Virginia. ¿Por qué?

-¿Y no sabes nada de los que vivían en Braddok?

-¿Braddok? -preguntó extrañado-. ¿Está cerca de Petersburg?

Bill comprendió, desolado, que el hombre ni siquiera sabía cómo se llamaba la población en que había estado trabajando últimamente.

Tuvo que aclarárselo.

-¡Ah, ya comprendo! Pues no. No sé nada de ellos, ni creo que se salvara nadie. Tengo entendido que esta población fue una de las últimas que alcanzaron y todos sus habitantes habían muerto de hambre. ¡Debió ser algo horrible! -terminó horrorizado-. A mí me lo contó un compañero que ayudó a retirar los cadáveres. ¡Miles y más miles de restos humanos, la mayor parte destrozados por los perros y las ratas! ¡Estos despiadados asesinos no purgarán jamás tan horrendo genocidio!

-Tengo entendido que fueron varias decenas de millones las personas que murieron por falta de asistencia -intervino otro, entrechocando los dientes. Y dirigiéndose directamente a Scott, agregó-: ¿Y aún podías dudar de nuestros dedeos de revancha? ¡Yo sólo, sería capaz de exterminar a toda esa maldita raza amarilla si me lo permitieran las fuerzas!

-Desgraciadamente nos enfrentamos con un enemigo centenares de veces superior en número a cualquier ejército que pudiéramos reunir nosotros -dijo Scott-. Están, además, mucho mejor organizados. Nuestra posición, muchachos, es casi desesperada, no os hagáis ilusiones. Aunque lográramos vencerlos no sería sino a costa de nuestra propia destrucción casi total y luego de varias generaciones de lucha.

-¡Otros lo han hecho antes que nosotros, Scott! -Loges no se dejaba dominar por el desaliento, pese a las pesimistas palabras de Bill-. ¡Recuerda, por ejemplo la guerra de la Reconquista en España! ¡Casi ocho siglos les costó recuperar lo que perdieron en tres años! Tal vez yo no lo vea, pero no por ello dejaré de aportar con todo entusiasmo mi granito de arena.

-¡Así me gusta! -gritó otro a quien Bill no podía ver-. ¡Les enseñaremos a esos micos lo que es capaz de hacer la raza blanca, aunque tenga la piel azul! ¡No quedará uno para contarlo!

Bill Scott observó con satisfacción la arrolladora moral que se había apoderado de su reducido núcleo de resistencia. ¡Con aquellos hombres se sentía capaz de cualquier cosa!

-Bien, muchachos -no podía ocultar el orgullo que le embargaba-. Creo que, estaremos en condiciones de darles más de un disgusto a los amarillos antes de que terminen con nosotros... si lo logran.

-¡No podrán con nosotros!

Finalmente renació algo de calma y Bill pudo continuar su

interrumpida conversación con Loges.

-En Braddok se libraron de morir, por lo menos, dos personas: yo y una muchacha llamada Doris Arlan. ¿Sabes algo de ella?

-No he visto una sola mujer en la ciudad. Apenas se hicieron cargo de nosotros separaron a ambos sexos.

-Posiblemente -recapacitó pensativamente Scott- lo hayan hecho siguiendo un plan prefijado. Sería un medio bastante eficaz de exterminarnos una vez nos hayan exprimido lo que tenemos y a ellos les falta: técnica y conocimientos. La raza queda imposibilitada de reproducirse y queda extinguida en pocas decenas de años.

-¡No es así! -gritó un hombre, el único que pasaba de los treinta años en el grupo- ¡Yo me resistí a darles clases de matemáticas porque me habían separado de mi mujer, pero ellos me prometieron devolvérmela dentro de pocos días si me portaba bien!

Scott le miró con asombro.

-Entonces, ¿por qué te has unido a nosotros? Podrías haberla esperado.

-Anteayer, cuando insistí en verla, me dijeron que había muerto en un accidente cuando venía hacia la ciudad -bajó la cabeza, abrumado por el peso de su dolor. Los demás guardaron un largo silencio acongojado.

-¿Lo ves? -prosiguió Scott en voz baja al cabo de un rato-. Posiblemente no sea cierto, pero lo que buscan es eso mismo. ¿Estaba casado alguno de los demás que nos acompañan?

-No. Ninguno tenemos familia qué pueda servir de rehenes. Los he elegido escrupulosamente. Sin embargo la mayor parte tienen varios muertos en su familia que vengar, y...

-¡Abajo todo el inundo! -gritó en aquel momento uno que había estado mirando por la parte posterior del vehículo-. ¡Se acerca un avión!

Nadie esperó a investigar las intenciones de la máquina voladora. Podía tratarse de una simple coincidencia, lo mismo que lo contrario. Tumultuosamente saltaron a tierra, desperdigándose por los alrededores.

Cualquier matorral, hoyo en el suelo o peñasco, servía, para el caso.

Bill Scott, con la preciosa caja bajo el brazo, se dejó caer junto a Loges y otros dos hombres, uno de ellos bastante malherido por la refriega anterior.

El avión, un velocísimo reactor de caza, de. un modelo desconocido para Bill, pasó escasamente a diez metros sobre sus cabezas. De debajo de sus alas arrancaron seis o siete flamígeras lanzas que llenaron de explosiones los alrededores.

Uno de los cohetes dio de lleno en la camioneta, reduciéndola a un informe montón de llameante chatarra.

Totalmente sordos a causa del estruendo de los motores del aparato, permanecieron pegados al suelo mientras éste realizaba una tras otra, varias pasadas disparando incesantemente sus ametralladoras.

-¡No podemos continuar así indefinidamente! -gritó Scott-. Nos entretendrá hasta que lleguen varios camiones de tropas o dejen caer un escuadrón de paracaidistas, y entonces no tendremos salvación.

Nadie le hizo el menor caso. Con sorpresa sacudió enérgicamente a Loges por el hombro, obligándole a volver la cabeza. Art le miró extrañado, pronunciando unas palabras que no llegaron a oídos de Bill. Entonces comprendió que no podían oírse unos a otros.

Scott hizo seña a Loges que le diera el rifle que empuñaba, y cuando el avión pasó de nuevo junto a ellos hizo varios disparos en rápida sucesión. Debió darle, pero, a pesar de que se tambaleó inseguro por unos momentos, luego continuó volando normalmente.

Pero a su regreso se dirigió en línea recta hacia el peñasco que resguardaba a los cuatro hombres. Tres cohetes estallaron zumbando siniestramente, y cuando se hubo despejado el humo de las explosiones, el lugar había sufrido una violenta transformación: donde antes hubiera un matorral rodeando a una gran roca, solamente podía verse un profundo embudo. Ni rastro de los que se habían refugiado allí.

CAPÍTULO VI

Un famélico grupo de hombres demacrados hacía su aparición en el laboratorio cuatro días después de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior. De los catorce que originalmente formaban la partida solamente seis habían logrado sobrevivir a las penalidades y persecuciones de los amarillos. Bill Scott sostenía triunfante en sus manos la preciosa caja conteniendo varios miles de comprimidos reanimadores.

Kathleen Rainer no pudo contener su alegría ante el regreso de Bill. Impetuosamente se arrojó en sus brazos casi derribándole al suelo.

-¡Bill! ¡Oh, Bill! -gritaba, dejando resbalar gruesas lágrimas por sus tersas mejillas y riendo al mismo tiempo. Antes de que el muchacho tuviera tiempo de percatarse de lo que ocurría se vio materialmente cubierto de besos. Su cuello estaba fuertemente aprisionado en un dulce dogal formado por los brazos de Katy, y él, casi de un modo inconsciente, dejó caer la caja sin importarle la suerte de su contenido, y correspondió al efusivo recibimiento. Pero solamente por unos instantes. Ante él se dibujó en el aire un rostro macilento enmarcado por una cascada de cabellos castaños, que parecía mirarle con aire reprobatorio. Y se sintió avergonzado, pues aunque sus relaciones con Doris Arlan fueron, en los pocos días que la cuidó, más las de un padre con su hija impedida, él creyó siempre que entre ambos había un, tácito acuerdo para cuando cambiaran las circunstancias... Pensó que la estaba traicionando.

Sus manos tomaron suavemente las muñecas de Katy, separándola de sí con dulzura, sin violencia, no atreviéndose a herir sus sentimientos con una abierta repulsa.

Sonrió alegremente.

-¡Hola, Kat! ¿Cómo está el hospital?

-Como siempre, Bill. ¡Estás desfallecido! -paseó la mirada sobre él desde la cabeza a los pies-. ¡Totalmente destrozado!

-Y que lo digas. Pero no soy yo solo. Estos amigos se encuentran en iguales condiciones que yo.

-¡Ahora mismo os preparo un banquete! -aseguró ella encaminándose a la cocina.

-De acuerdo -Bill recogió la caja, que afortunadamente no había sufrido deterioro alguno con el porrazo-. Nosotros estaremos en la enfermería.

Cuando Katy penetró en la gran habitación casi deja caer al suelo la enorme bandeja que portaba al ver a su padre fumando tranquilamente un cigarrillo, que se llevaba a la boca sin ayuda de nadie. Dos de los recién llegados ayudaban al doctor Kubler, visiblemente mareado, a tenderse de nuevo en la cama luego de intentar un corto paseo. Y los restantes ex paralíticos, no atreviéndose a abandonar el lecho, cambiaban en él de postura a voluntad, expresando su alegría con grandes voces.

-¡Fíjate, Luke! -decía uno-. ¡Puedo volverme! Mañana estaré en condiciones de romperte esa fea cara que tienes!

-¡Eso será si yo te lo permito! ¿O crees que eres tú solo el que puede moverse?

Mientras comían como lobos, Bill Scott relató las aventuras corridas.

-...Aquel tipo del avión debía estar indignadísimo conmigo, de modo que cuando se hubo alejado un trecho nosotros salimos más que a paso para ocultarnos en otro sitio. Desde allí vimos cómo daba la vuelta y arremetía contra el peñasco. ¡No dejó ni rastro! Pero debió perder un poco el control de sus nervios, porque al piloto pude meterle un par de balas en la sesera. ¡Se clavó tan profundamente en el suelo que creo que a estas horas debe estar brotando petróleo por allí! ¡Volaba tan bajo que hubiera sido una pena desperdiciar tus enseñanzas, Kat!

-Más bien creo yo -repuso la muchacha mordazmente- que te se han subido a la cabeza mis lecciones. ¡Cuando quieras estoy dispuesta a medirme contigo!

-Tal vez más adelante... -se excusó Bill, no muy seguro de su habilidad para derrotar a su maestra-. Ahora tenemos cosas más importantes en qué ocuparnos.

-¿Por ejemplo...? -se interesó Katy.

-Ya os daré algunas ideas... cuando las tenga yo -todos rieron-. Pues, como íbamos diciendo -continuó su narración-, nos vimos obligados a correr como gamos los que pudimos salir más o menos bien parados. Desde cierta distancia observamos la llegada de varios coches cargados de tropas, que nos siguieron las huellas como verdaderos sabuesos hasta que llegamos a las montañas y logramos perdernos en el bosque, Tuvimos algunas escaramuzas sin mucha importancia y solamente podíamos desplazarnos por la noche, en que los aviones de reconocimiento no podían vernos... y aquí estamos.

-Mañana mismo -el doctor Kubler también tenía algo que decir- me encierro en el laboratorio y prometo no salir de él hasta que haya analizado y pueda reproducir esas benditas tabletas para que no tengamos que depender en nuestra actividad de lo que podamos sustraerles a los asiáticos... Luego atacaré a fondo el problema de la cura definitiva de la enfermedad. Ya empiezo a hartarme de parecer un marciano con esta piel moteada.

-Yo puedo ayudarle, señor -se ofreció un muchacho joven de los venidos con Scott-. Tengo recién terminada la carrera de Medicina.

-¡Espléndido! -se alegró Kublei-. De esa forma iremos más de prisa. ¿Cómo te llamas?

-Frank Wheeler.

-Desde este momento quedas relevado de todo otro servicio. Las únicas órdenes que debes cumplir son las mías.

-¡Yo también tengo algo que decir en este asunto! -el profesor Cooper, jefe del cuerpo técnico del laboratorio «A. G.», no podía resignarse a permanecer en lugar secundario-. ¡Necesito voluntarios a mis órdenes! Me sirve cualquiera que tenga conocimientos, aunque solamente sean rudimentarios, en cuestiones técnicas o matemáticas.

Varios hombres de los que ocupaban las camas, y dos de los que trajera Scott se ofrecieron en el acto. El propio Bill, teniendo a su lado a Loges, trató de adelantarse. El comandante Rainer saltó, indignado.

-¡Ah, no! ¡Eso sí que no lo consiento! ¡Pase que tres de esos que se han agregado al bando de Cooper, deserten del ejército pero que encima trate de llevárseme al mejor elemento, el único que ha demostrado servir de algo práctico en esta cuadrilla de nulidades, es más de lo que puedo tolerar! ¡Bill Scott!

-Diga, señor...

Rainer adoptó una voz engolada para soltar su bomba.

-¡Señores! Destruido y disperso el gobierno de los Estados Unidos, legítimamente constituido; asentado el enemigo en todo el suelo de nuestra patria, habiendo hecho cautiva a la casi totalidad de la población, los aquí reunidos, y mientras no se demuestre lo contrario, somos lo único que queda libre de nuestro gran país. ¿Estoy en lo cierto?

Varias voces afirmativas contestaron a coro.

-Además, aunque con una potencia bélica despreciable, o poco menos,

somos la sola fuerza combativa de la nación. Podemos constituir el primer núcleo de resistencia al invasor, pasando con el tiempo al contraataque, y...

-¡Oiga, «general»! -sonó zumbona la voz de Kubler-. ¡Para decir lo que ya sabemos todos no necesita emplear esas frases tan rimbombantes! ¿No puede decirnos en buen inglés conciso lo que sea?

Rainer quedó momentáneamente cortado, estupefacto ante aquella inesperada salida. Pero viendo luego la realidad de la situación, rió tan a gusto como el que más.

-¡Tiene usted razón, doctor! Bueno, lo que propongo es lo siguiente: Deberíamos formar una especie de comité directivo para coordinar nuestras operaciones. Sugiero que esté formado por los jefes de los distintos departamentos, o sea: el doctor Kubler en el aspecto sanitario y por la capital importancia de sus investigaciones; el profesor Cooper porque con su equipo técnico, además de proseguir los estudios que tenía asignados y para los que fue construido este laboratorio, podrá fabricar armas y reponer municiones o construir la maquinaria y elementos que podamos necesitar en la lucha. Finalmente, me propongo a mí mismo para formar en el comité a causa del mando militar que ostento. ¿Hay alguien que tenga algo que objetar a esto?

El silencio fue más expresivo que cualquier discurso.

-¡Queda, pues, constituido nuestro gobierno provisional! -continuó Rainer- y como el ejército queda bajo mi directa responsabilidad, designo como mi ayudante a Willian Scott...

-¡Ah, viejo cuco! -gruñó Cooper, indignado-. ¡Eso es lo que buscabas con tu discurso, pero ya te buscaré la vuelta! ¡Quitarme el mejor colaborador que podía presentárseme...!

Scott salió de la habitación riendo a carcajadas, mientras los otros dos se enzarzaban en una acalorada disputa.

* * *

El tiempo transcurría tediosamente en el Subterráneo. Los receptores de radio y televisión eran el único contacto que tenían con el mundo exterior, pero les servía de bien poco, ya que todas las emisiones se hacían en un idioma totalmente ininteligible para ellos.

-A nuestras explicaciones -decía Art Loges- acudían solamente orientales que conocían el inglés, y si bien nos dieron algunas lecciones de su lengua, en el poco tiempo transcurrido no pudimos aprender prácticamente

nada.

-¡Pues estamos listos -cavilaba Rainer-. ¿Cómo diablos vamos a enterarnos de lo que hacen si no podemos entenderlos?

-No hay más que dos formas de lograrlo: capturar un prisionero para que nos enseñe su idioma, o introducir un espía en sus filas. El primer método es muy arriesgado pues nos exponemos a que se nos engañe en algún momento crítico, ya que aprender su idioma nos llevaría años. Por tanto creo que debemos optar por el segundo.

-¡Pero eso es peligroso, Bill! -contradijo Katy, recelándose por donde iba-. No puedes fingirte uno de ellos porque te descubrirían en el acto...

-Pero sí puedo pasar fácilmente por un prisionero suyo. Con una mano de tinte por la piel no habrá forma de distinguirme. Y en cuanto a la identificación no es nada complicada: Art me ha dicho que no controlan a la gente por la misma confianza que tienen en que no se les pueda escapar nadie. Simplemente convenciendo a uno para que me deje ocupar su sitio, y enviándole a él aquí, puedo introducirme y observar. Al propio tiempo «trabajaría» a los compañeros para, en el momento oportuno, inicial una revuelta que incrementara nuestros efectivos.

-Y, aun suponiendo que lo consiguieras, ¿qué? -el comandante Rainer parecía imbuido del mismo espíritu de contradicción que su hija. Cualquiera hubiese dicho que admitía la derrota antes de la primera batalla-. No tenemos sitio para alojar a unos miles de personas aquí dentro, y además no te sería posible repetir el golpe: tomarían precauciones...

-Mire, comandante -le atajó Bill sin ningún respeto-. Yo le aconsejaría que pensara un poco en este antiquísimo adagio que acabo de inventar: no te preocupes por la indigestión antes de disponer de comida en abundancia. Reconozco que no es un modelo digno de figurar entre los clásicos, pero...

-¡Está bien! -rió Rainer-. Haz lo que te parezca o me vas a convencer de que soy un asno.

-No quisiera lograrlo. De todas formas, creo que sería demasiado aventurado movemos de aquí dentro en unos días. Los chinos deben estar zumbando por ahí fuera como avispas enfurecidas. Dejémoslos que se calmen.

Pero Bill Scott no era hombre capaz de estarse con los brazos cruzados. Logró convencer a Cooper para que le cediera algunos hombres y un pequeño local para taller, y comenzó la fabricación masiva de misteriosos

aparatos. Materiales para ello no le faltaban ya que el almacén estaba perfectamente surtido en cantidad y calidad, e incluso variedad, a causa de los trabajos que estaba destinado a realizar el laboratorio.

Y cuando un mes más tarde pensó llegado el momento de realizar su segunda salida, el subterráneo estaba provisto en abundancia de ojos y oídos, en un radio de varios kilómetros a su alrededor, como para que sus ocupantes se sintieran totalmente tranquilos y conocieran perfectamente los movimientos de cualquiera que rondara por las cercanías. Un hombre vigilaba día y noche las docenas de pantallas y micrófonos.

Nadie hubiera sospechado de aquel joven de piel azulada que en pleno día hizo su aparición en Braddok. Y mucho menos habrían podido pensar qué su cuerpo era una completa emisora de radio en continuo contacto con cierta base secreta. El propio Bill Scott tenía que palparse continuamente el pequeñísimo micrófono que llevaba debajo del lóbulo de la oreja, cubierto con su propia piel, o la diminuta caja depositada en su abdomen, para convencerse de ello. Y se sentía lleno de reverencia ante la, para él, mágica habilidad demostrada por Kubler al enhebrarle por debajo de la piel un hilo aislado comunicando la cajita con los aparatos que llevaba en el cuello.

Scott paseó tranquilamente por toda la población, aparentando hallarse ocupado en llevar órdenes y recados de un sitio a otro. Visitó cada rincón que le pareció interesante, y a últimas horas de la tarde, imitando a todos los flemas norteamericanos de la ciudad, buscó un lugar a propósito para dormir...

Los próximos días no parecían augurarle emociones con exceso. En adelante casi todo el trabajo quedaba en manos de los del laboratorio.

* * *

En el dédalo de pasadizos perforados en el corazón de la montaña la actividad alcanzaba cada día límites superiores a los del anterior. Al principio casi todo el trabajo físico corrió de cuenta de los hombres llegados con Scott y Art Loges, ya que los demás tuvieron que soportar un largo período de entrenamiento para reponerse de la falta de costumbre de andar de un lado a otro: continuamente se producían caídas y desvanecimientos entre ellos.

Pero poco a poco recuperaron la normalidad y el profesor Cooper, pese a mostrarse orgulloso de lo rápidamente que avanzaban los experimentos, no dejaba perder ocasión de recriminar a uno u otro por el más

mínimo retraso. Su impaciencia iba creciendo según la meta se veía más cercana. Hasta que un día...

-¡Ha sido algo maravilloso, Bill! -decía Katy, empuñando con temblorosas manos el micrófono-. ¡Estamos todos al borde del agotamiento, pero vale la pena y damos por bien empleados estos meses de trabajar a marchas forzadas!

-¡Tentado estoy de ir a verlo! -hablaba en susurros que el vibrador adosado a su tráquea se encargaba de transformar en palabras-. ¡Pero aún no me has dicho exactamente en qué consiste!

-¡Pero si ni yo misma lo sé! Cooper nos ha enseñado una esfera de metal brillante, de unos veinte centímetros de diámetro, a la que podía elevar a voluntad simplemente moviendo una palanquita de un cuadro de mandos. Cuando más levantaba la palanca más subía la esfera, hasta llegar a quedar pegada en el techo.

-¿Y él cree que eso podrá servimos de algo práctico? Porque no es lo mismo un experimento de laboratorio que...

-Cooper dice que con algunas modificaciones y perfeccionando pequeños detalles, es capaz de lograr el arma más maravillosa… algo increíble, según él, a lo que serán incapaces de oponerse los asiáticos con toda su potencia...

-Modera tu entusiasmo, hija -le aconsejó el comandante Rainer apoyando una mano en su hombro-. Dile a Bill que quiero hablarle.

-Le escucho, señor -dijo Scott cuando el militar se hubo colocado ante el micrófono.

-Ya te ha explicado Katy la nueva situación creada por el descubrimiento del profesor Cooper. Por otro lado he de comunicarte que Kubler y Wheeler están sintetizando casi todos los componentes del «vitalizador» y dentro de pocos días podremos producirlo por nuestra cuenta. Es más, Wheeler cree haber encontrado un punto de arranque para una cura definitiva y se dispone a agotar todas las posibilidades en ese sentido...

-¡Todo son buenas noticias, señor! ¡Casi me hace creer usted que tenemos la victoria al alcance de la mano!

-No diría yo tanto. Ya me conoces y sabes que soy conservador por naturaleza. Pero sí creo que tenemos ahora muchas más probabilidades que antes. Al menos contamos con una base firme para comenzar.

-Los muchachos deben de estar entusiasmados...

-Como no tienes idea. Yo creo que ya va siendo hora de que empieces a hablarle a la, gente de por ahí, preparándolos para cuando llegue el día.

-Así lo haré.

-¿Tienes alguna novedad que comunicar?

-Poca cosa. Ya comienzo a aburrirme de ver siempre lo mismo. La guarnición fija de aquí viene a ser unos cincuenta hombres, si bien siempre suelen haber algunos más entre relevos y otros que van de paso a otros lugares. Sin embargo, raramente pasan del centenar. Los americanos suman alrededor de dos mil y ya he entablado amistad con algunas docenas de ellos que me creen trabajando en otros lugares. Si llega la ocasión no creo demasiado difícil dar un golpe de mano para aplastar a las tropas.

-Es cuestión de tiempo... y mucho. No podemos fomentar la rebelión de unos pocos centenares de desgraciados que morirían a manos de los refuerzos que indudablemente llegarían.

-Sí, ya sé por donde va usted, comandante. Yo había pensado en hablar a unos cuantos de los de aquí, dejar caer la simiente como quien dice... y luego trasladarme a otra parte para continuar el trabajo.

-Eso crea el problema de las comunicaciones. Tu emisora no tiene potencia suficiente para más de veinte kilómetros de distancia.

-Lo solventaremos, no se preocupe -sonrió Bill-. Y si no se puede, pues... lo haré igual. Hay que arriesgarse, creo yo.

-Sí, seguramente se hará preciso.

* * *

Katy Rainer vagaba como alma en pena por los pasadizos subterráneos del Laboratorio Experimental «A. G.». Tenía trabajo de sobra como para sentirse aburrida, y sin embargo, no cesaba de recordar los peligros que indudablemente estaría corriendo Bill Scott, con su continuo vagar por las más cercanas poblaciones habitadas. Bill no decía nada de esto en sus conversaciones por radio ni en las fugaces visitas que de tarde en tarde realizaba al Laboratorio para proveerse de cosas inalcanzables fuera de allí: alimentos concentrados, armas suplementarias que en cortas cantidades almacenaba en lugares ocultos para echar mano de ellas en el momento oportuno... La muchacha lo imaginaba cada día huyendo, librando desesperadas batallas contra un enemigo de abrumadora superioridad

numérica, tal vez cautivo y torturado para delatar la situación del Laboratorio...

-¿Me habré enamorado de él? -se preguntaba. Y recordó aquel día, cuando regresó de su primera expedición-. Encontré lo más natural del mundo el hacer lo que hacía: era como si recibiese a mi padre o a mi hermano... pero él no es ninguna de esas cosas, y debió confundir mis sentimientos. Sin embargo, no aprovechó la ocasión como lo hubiera hecho otro... ¡Claro! Esa muchacha de que me ha hablado... tiene su recuerdo muy presente, tal vez más de lo que él cree, y para él no hay otra mujer. ¡Debió quedarse de piedra ante mis abrazos y besos...! ¡Y tú, Kahtleen Raiñer, haciendo el ridículo ante quien menos quisieras hacerlo! ¿Eres tú la mujer fuerte, inquebrantable, que siempre te has esforzado en ser...?

Rió sonoramente, provocando una mirada de asombro en un muchacho que, arrodillado en el suelo, trataba de deslizar una hoja de papel hacia el taller del profesor Cooper cuya puerta estaba abierta de par en par, poniendo especial cuidado en arrastrarla muy pegada al piso. El joven volvió a su ocupación como si lo que estaba haciendo fuera lo más importante del mundo, olvidado en el acto de la risa de Katy.

-¡No pasa, profesor! -anunció-. Deberíamos probar... ¡cuidado!

Pero ya era tarde. Cuando se fijó en que la muchacha le había rodeado para colarse de rondón en el taller, ya ella rebotaba contra algo blando, suave e invisible que cubría todo el quicio, en apariencia despejado.

-¿Qué ...? -gritó Katy, sobresaltada. Cooper, sonriendo desde el otro lado, bajó un conmutador.

-Ya puedes entrar, Katy.

La chica obedeció.

-¿Qué ha sido eso?

-Algo que no quería que se supiera aún. Es una aplicación nueva de nuestro descubrimiento. ¿Puedo pedirte que guardes el secreto? La gente podría hacerse ilusiones que quizá luego fueran fallidas.

-Lo guardaré, si usted me lo pide. Pero le pongo como condición que me explique en qué consiste la idea.

Cooper lo hizo a grandes rasgos, y la muchacha comenzó a lamentar la promesa hecha. ¡Hubiera sido agradable comunicarlo a los otros, especialmente a Bill!

Pero ya había empeñado su palabra.

CAPÍTULO VII

La cosa marchaba. Bill Scott había recorrido casi todo el distrito, poniendo en conmoción a los hombres de piel azul, que le recibieron siempre poco menos que como a un Mesías. ¡La hora de la liberación se aproximaba! ¡No estaban aún perdidas todas las esperanzas! Y la voz iría corriéndose a todos los rincones del país sin necesidad de que él la impulsara. Continuamente ocurrían traslados a lugares donde sus servicios eran más solicitados. Algún paisano de piel amarilla y ojos oblicuos comenzaba a ocupar su puesto... la vigilancia se relajaba.

Y una esclavitud más directa que la anterior parecía estar empezando a nacer: ya, se daban casos de granjeros asiáticos que, estableciéndose en las abandonadas haciendas, pretendían ponerlas en funcionamiento. Pero los métodos de cultivo, ciclos de siembra y recolección, les eran totalmente extraños. Y tomaban uno o varios hombres azules a su servicio para aprender de ellos lo que ignoraban.

La raza blanca iniciaba su declive en todas partes a favor de la amarilla... como antes aquélla sustituyó a otras, reflexionaba Scott amargamente.

-Dentro de diez años habrán como mínimo tantos chinos aquí como americanos nativos, Y comenzarán a sentirse americanos ellos mismos. ¡Hay que emprender la rebelión antes de que esto ocurra!

Pero comprendía que las cosas no eran tan sencillas de hacer. Todo requería un tiempo de gestación, y querer adelantar los acontecimientos era exponerse a un fracaso.

-Volveré al laboratorio. El estar aquí, inactivo casi por completo, es peor para mí. Me expongo a un encuentro desagradable...

Y cual si estas palabras hubieran sido un conjuro, estuvo a punto de tropezar con un arrogante oficial de azules plumas en el casco. Su costado se adornaba con la «lapa» reglamentaria, la temible arma inmovilizadora, que actualmente llevaban incluso algunos soldados rasos, debido con seguridad a que sus fábricas de armamento habían intensificado la producción.

Bill se tambaleó inseguro bajo el bulto que acarreaba, al desviar bruscamente la marcha para evitar el choque y abrió la boca para lanzar una exclamación de sorpresa. Se reprimió justo a tiempo.

¡Aquel oficial era el que vio fugazmente en cierta ocasión, cuando

varios soldados amarillos cargaban un bulto alargado, envuelto en sábanas!

Era muy posible que supiera qué había sido de Doris, la única persona viva, aparte de él mismo, que encontraron en Braddok.

Afirmando el paquete sobre sus hombros, lo que le permitía, además de justificar su presencia por las calles, ocultarse el rostro con los brazos, Bill dio media vuelta.

El oficial ni siquiera se había preocupado por el hombre de piel azulada que se cruzara en su camino. Para él era menos que un insecto. Y Scott no tuvo dificultad alguna en seguirle.

Conocía la población palmo a palmo. Sabía qué distritos eran los más frecuentados y cuáles no recibían jamás visita alguna; dónde estaban todos los centros de trabajo y enseñanza atendidos por americanos cautivos; a qué lugares se recogían éstos por la noche. Y el desprevenido oriental no parecía ir a parte determinada alguna. Más bien aparentaba estar simplemente dando un paseo, sin rumbo fijo.

Por ello Scott recibió una gran alegría al verle dirigirse a un barrio de los más apartados. Sus casi ruinosos edificios no habían tentado a nadie para establecerse en ellos, y Bill los utilizó más de una vez para sus propios fines. En aquellos lugares se consideraba tan a sus anchas como si fueran su propia casa.

El bulto molestaba más que otra cosa a Scott una vez se hubieron apartado de las vías frecuentadas. Lo dejó en un rincón y penetró en el destartalado distrito. Su presa caminaba ahora lentamente, había abandonado algo de su aire marcial no creyéndose observado, y tan pronto se detenía a escudriñar en los polvorientos escaparates como penetraba brevemente en algún antiguo establecimiento, hoy totalmente desprovisto de existencias... y de gente que lo atendiera.

De pronto, en medio de su contemplación de una artística fachada, el oficial consultó su lujoso reloj de pulsera y seguidamente perdió todo interés en su excursión turística. Con airoso taconear de botas se fue en línea recta hacia donde estaba Scott, dispuesto a salir de aquellos alrededores por el camino más corto.

Bill, tomado de sorpresa por tan brusca decisión, se zambulló en el primer escondite que le vino a mano, una calleja sin salida que en tiempos sirvió para carga y descarga de mercancías a algún almacén. Oyó los rápidos

pasos del oriental y se pegó a la pared. El hombre pasó casi rozándole...

Peh Teng no era cobarde. Nadie podía serlo y al mismo tiempo formar parte del poderoso Ejército Oriental. Hubiera ido sonriendo a la muerte de saber que con ello reportaba alguna utilidad a su país, o simplemente cumpliendo una orden superior. Pero éste no era el caso. El hombre que le oprimía el cuello con una mano impidiéndole gritar, mientras con la otra le hundía en las costillas el cañón de un arma de fuego, parecía dispuesto a perdonarle la vida si se portaba obedientemente. Al menos eso anunciaban sus palabras.

-Callandito, pequeño. Tengo entendido que una bala en los riñones hace mucho daño y tarda en matar.

Siguiendo la muda indicación del arma y con gran cuidado de mantener las manos a la altura de los hombros, Peh Teng atravesó una puerta y luego de subir hasta el primer piso penetraron en una habitación desprovista de ventanas. Scott encendió su linterna y cerró cuidadosamente.

-Así no nos molestarán. Vuélvete de cara a la pared y apoya las manos en ella.

El oriental siguió dócilmente las instrucciones. Bill colocó la linterna sobre una mesa, de forma que alumbrara al prisionero y desarmó a éste.

-Ya puedes volverte. A tu lado hay una silla -cuando el otro estuvo sentado entró de lleno en lo que le interesaba, sin más preámbulo-. Tú fuiste de los primeros en llegar aquí, ¿verdad?

-Capitán Peh Teng, Servicios Auxiliares, Tercera Compañía del Quinto Regimiento -fue la desconcertante respuesta que obtuvo. Bill frunció el ceño.

-¿Qué significa eso? No te he preguntado la filiación.

-Es la única respuesta que puedo dar. La Convención de Ginebra no obliga a los prisioneros de guerra a dar más detalles.

El joven quedó estupefacto unos segundos. Aquello era lo último que esperaba oír. Luego rió suavemente.

-¡Vaya, vaya! ¿Conque te acoges a la Convención de Ginebra... que yo no sé qué diablos es, ni cuándo se firmó? ¿Y reclamas tus derechos como prisionero de guerra? Muy bien, muchacho. ¿La suscribió tu país? -era un palo de ciego.

-Eso no tiene importancia alguna. El hecho es que los Estados Unidos

lo hicieron y quedan obligados por ella.

-Muy bien. Pero da la casualidad de que «yo» no soy los Estados Unidos, sino un simple ciudadano que tiene interés en saber ciertas cosas. De modo que escoge: ¿contestas o no?

Silencio. El oriental conservó inescrutables sus facciones.

-He oído decir -prosiguió Bill- que antiguamente erais muy aficionados a torturar a la gente, y que tal vez continuáis teniendo ese vicio. Yo no tengo mucha práctica, pero creo que lo poco que sé podría servir. Por última vez, contesta a la pregunta que te he hecho.

Le concedió su buen minuto para que lo hiciera, sin ningún resultado. Inopinadamente oprimió el gatillo y la habitación se llenó con el acre olor de la pólvora.

Peh Teng era rápido en sus decisiones. La «lapa» le había golpeado fuertemente en una pierna y él conocía los efectos que aquello iba a tener tan pronto moviera un solo músculo. Se mantuvo totalmente quieto.

-Tienes sangre fría -observó Scott-. Pero eso lo soluciono yo en un segundo.

Adelantó unos pasos y de un empujón volcó la silla. Instantáneamente las extremidades inferiores del oriental quedaron fuertemente sujetas con una especie de tela de araña, casi invisible, al tratar éste de conservar el equilibrio.

-Mira, Peh. Yo no quiero hacerte ningún daño, ni creo que lo que quiero saber de ti pueda perjudicar a la causa de tu país. Me repugna torturar a un ser humano, aunque pertenezca a la ralea de los que han desencadenado una epidemia atroz sobre mi pueblo, matando varios millones de personas y esclavizando al resto... ¡Pero si me obligas no dudaré en hacerlo!

Un despectivo fruncimiento de labios fue todo lo que obtuvo.

Sin embargo, cinco minutos después el chino ya no opinaba lo mismo en cuanto a la debilidad de corazón de los americanos. Y cuando al cabo de media hora, Scott comenzó a perder la paciencia y a sentir cómo su sangre entraba en ebullición ante la aparente insensibilidad del prisionero, Peh Teng cedió. No había sufrido ningún daño irreparable, pero estaba seguro de que pronto Scott no miraría demasiado lo que hacía. Y un cuchillo que había exhibido varias veces sin llegar a utilizarlo, podía hacer mucho daño.

-Está bien, americano. Tú gañas. Mi país no adquiere ninguna ventaja con un combatiente muerto o destrozado.

-¿Contestarás a todo lo que yo te pregunte?

-Sí... mientras yo no crea que perjudico a mi patria. Aún no he perdido el valor.

-Contesta, pues, ¡y rápido! Hemos perdido mucho tiempo. Al día siguiente de vuestra llegada sacasteis a una muchacha, aún viva, de una casa.

-La recuerdo. Mis hombres lo hicieron.

-Bien. ¿Dónde está?

Peh Teng vaciló un momento, mientras sopesaba el valor de su contestación.

-En Elkton. A unos ciento cincuenta kilómetros de aquí.

-Eso está al lado de Cripple Creek, ¿no?

-Cerca de allí. ¿Es familiar tuyo esa muchacha?

-Ahora me amparo yo en la Convención da Ginebra -repuso Bill sonriendo-. Has sido buen chico, pero no puedo dejarte en libertad. Pasarás a ser huésped del Gobierno de los Estados Unidos.

-Pero, ¿tenéis gobierno aún? -preguntó asombrado el oriental.

-Y más poderoso de lo que crees. Me vas a permitir que te ate y amordace. Esta noche vendrán a buscarte.

Fue cosa relativamente fácil para Bill el valerse de un pequeño grupo de hombres, ansiosos por alcanzar la relativa libertad del Laboratorio, para trasladar allí al oficial. Con calma y valiéndose de drogas podrían arrancarle más informes y quizá iniciar con él el aprendizaje de su intrincado idioma.

Salir del corazón de las Montañas Rocosas, en pleno Condado de Chaffee, para dirigirse al Este sin apenas una carretera que mereciese el nombre de tal, era algo casi imposible, sobre todo no disponiendo de una absoluta libertad de acción. Sin embargo, una semana después Bill Scott había realizado la hazaña y se encontraba al pie del Pike's Peak, teniendo a su derecha la capital del Condado, Cripple Creek, y un poco a la izquierda Elkton, Independence y Goldfield, apenas algo más que unos simples caseríos.

Como hiciera en ocasiones anteriores, esperó hasta la noche para penetrar en el lugar que le indicó Peh Teng. E hizo bien, porque allí no habían hombres de piel azul. Solamente mujeres y muchos soldados, más de los que a juzgar por la importancia de las poblaciones debían haber.

-¿A que resultará que sin quererlo me he metido en medio del Cuartel General de esta gente en Colorado?

Según pasaban las horas, oculto en medio del espeso seto de un cuidado jardín Bill se afianzaba más y más en su idea, Elkton estaba profusamente iluminado. Por sus calles cruzaban incesantemente coches y más coches cargados de militares, la mayoría de altas graduaciones a juzgar por el color de las plumas de sus cascos, muy alejados del rojo de los soldados rasos.

-¡Vaya escabechina que haría yo aquí si dispusiera de medios! -y lo que fue poco más que una simple exclamación se le quedó grabado a fuego en el cerebro. No estaría mal hacerlo, ya que un golpe semejante minaría mucho la moral del invasor-. ¿Pero cómo?

Una gran concentración de tropas, pensó, supone lógicamente depósitos de, municiones. Con abundancia de explosivos de todas clases. Tenía, pues, que encontrar el polvorín, pero capturar a un soldado para que se lo dijese era difícil aquí, mucho más que en Braddok. Y no sentía tampoco ningún deseo de torturar a nadie. Recordaba el mal gusto de boca que le había dejado lo poco que le hiciera a Peh Teng.

Se retiró por donde había llegado. Aquí no tenía la menor posibilidad de enterarse de nada.

E impensadamente encontró la solución. En forma de dos mujeres que venían por un estrecho caminillo, á las que se tropezó cuando ya se había alejado bastante de la población. A juzgar por la perfección con que hablaban el inglés eran compatriotas suyas sin duda alguna; y se llevaron un buen susto cuando un hombre, del que apenas era visible la silueta en la oscuridad, apareció repentinamente ante ellas.

En su mano derecha brillaba un arma, a cuya vista enmudecieron de temor.

-No se asusten, señoras... o señoritas. No pienso hacerles ningún daño.

-¡Oh! -exclamó una de ellas en el colmo del asombro-. ¡Es un americano!

-Y yo que creía que los habrían matado a todos -dijo la otra.

-No. Aún quedamos unos pocos -sonrió Bill-. Pero les ruego que no griten. Estoy aquí de incógnito.

Se retiraron un poco a un lugar resguardado de miradas y oídos indiscretos. Las mujeres, ambas jóvenes y bonitas... y atadas a sus captores por la necesidad de los comprimidos vitalizadores, se mostraron dispuestas a

ayudarle en lo que fuera necesario.

-No creo que haya ningún polvorín por aquí -aseguró una de ellas, mientras la otra asentía con la cabeza-. Las tropas están en Cripple Creek. Elkton solamente lo utilizan como residencia los más altos jefes militares del distrito de Colorado, pero el cuartel general está allí.

-¡Bien...! -suspiró Scott-. Ya me había hecho la ilusión de armar unos pocos fuegos artificiales, aunque pensándolo bien... -iba a agregar que él solo poco podría hacer, pero se abstuvo. Las jóvenes parecían convencidas de que formaba parte de una avanzadilla-. Otra pregunta, por favor. ¿Han visto o saben algo de una muchacha llamada Doris Arlan?

Fue instantáneo el cambio de actitud de ambas mujeres. Como si hubiera nombrado al mismísimo diablo, retrocedieron un paso.

Bill las siguió, tratando de descubrir la expresión de sus rostros.

-¿Qué les pasa? ¿Le ha ocurrido algo?

-¿La conoce usted de mucho tiempo? -preguntó la mayor-. ¿Es... algo suyo?

Scott se dio cuenta de sus vacilaciones.

-No. No es nada mío. La conocí poco después de comenzar la epidemia y la cuidé durante varios días. Me gustaría saber qué ha sido de ella.

-Más hubiese valido que la hubiera dejado morir.

El muchacho comenzaba a perder la paciencia viendo los rodeos que daban ambas. Tomó a la más cercana por el brazo, acercando su rostro al de ella.

-¿Me va a decir dónde está, o no? -preguntó con voz tensa.

-¡Suélteme, bestia! -se indignó la joven-. Me está haciendo daño... -dándose cuenta de que Bill estaba fuera de sí, procuró calmar su cólera-. Si tanto interés tiene en verla, la podrá encontrar en casa del mariscal Shintao. Es ésa.

Y señalaba hacia un edificio brillantemente iluminado.

-Le aconsejo que no vaya -intervino la otra. Bill sintió la presión de su manó en el brazo, y tuvo que reconocer que eran buenas personas. El no hubiera sido capaz de aguantar, sin descomponerse, el arrebato de furia que descargó segundos antes-. Es muy peligroso... y no solamente por los soldados. Sin embargo, puesto que usted lo quiere, vaya. Si sale con vida le garantizo que se arrepentirá de no haber seguido nuestro consejo. Estará más

tranquilo ignorando muchas cosas que podrá saber ahí dentro.

-Iré a pesar de todo. No he venido adrede desde tan lejos para regresar por donde he llegado. Muchas gracias.

Ya iba a retirarse cuando una de las mujeres le retuvo por el brazo.

-A mi marido le dejaron morir de hambre -le comunicó quedamente-. Si logra regresar de ahí dentro es seguro que necesitará compañía. Y ayuda. Porque le perseguirán con seguridad. ¿Están muy lejos sus compañeros? Bill vaciló:

-Bastante... -reconoció sin mentir literalmente.

-Tenemos verdadera hambre por salir de aquí... luchar contra estos monstruos. Usted nos lleva hasta su gente, y nosotros le ayudaremos a esquivar la persecución. ¿Trato hecho?

-Trato hecho -sonrió Bill. No veía en qué podrían servirle de ayuda. Si acaso, de estorbo. Pero le apenaba dejarlas atrás.

-Dentro de media hora estaremos en este mismo lugar, esperándole. Hasta que llegue... o tengamos la seguridad de que no vendrá.

Bill no hizo comentario a estas últimas palabras. Su significado estaba claro: no confiaban demasiado en que terminara con vida la aventura que iba a emprender.

Y, sin saber por qué, se acordó de Katy Rainer.

Luego se perdió en la oscuridad, camino de lo que podía ser una trampa mortal.

CAPÍTULO VIII

Tendido bajo las sombras de un frondoso árbol, Bill Scott se devanaba los sesos en busca de la forma de penetrar en la casa. El interior estaba a oscuras en casi todos los aposentos, claro indicio de que los habitantes estaban, o bien durmiendo, o reunidos en alguna estancia de las que tenían luz. Hubiera sido fácil aproximarse... a no ser porque los veinte metros que, quedaban de terreno descubierto entre él y el muro, estaban inundados de focos y bajo la mirada de varios centinelas.

Casi ante él mismo, una puerta se abrió. En el vano se dibujó una silueta femenina y el corazón de Bill dio un brinco. ¡Era Doris! ¡Y con la piel tan blanca como jamás la hubiera podido tener!

Tentado estuvo de correr hacia ella, pero se contuvo a tiempo. Además parecía dirigirse hacia un sendero entre los árboles, muy próximo a donde él estaba escondido. Decidió esperar a que se acercara.

Un centinela se destacó varios metros más allá, caminando hacia la muchacha, que le esperó tranquilamente. Cruzaron unas palabras que Bill no pudo captar. El hombre parecía estarle indicando la conveniencia de no salir de la zona iluminada, y ella señaló hacia los primeros amates de flores, al parecer significando que no pensaba pasar de allí.

El oriental se retiró a su primitivo puesto, pero no perdió de vista a Doris, quien caminó en línea recta hasta detenerse apenas a dos pasos de donde Bill estaba oculto.

Era ella, indudablemente. De su cara y manos había desaparecido el desagradable color azulado y también las manchas oscuras. ¿Qué milagro se había obrado en ella para lograr la eliminación de la repelente enfermedad? Scott no sabía de un solo caso de alguien que lo hubiera conseguido: o bien se era inmune, como él mismo, en cuyo caso la peste no llegaba a manifestarse, o no había forma conocida por él de desprenderse de ella. Quizá se trataba de un caso raro y precisamente por ello la tendrían cautiva allí, separada de las demás mujeres del pueblo: para estudiarla.

-¡Doris! -llamó en voz baja, casi como un suspiro.

Debió de oírle porque volvió la cabeza a un lado y otro buscando el origen de la llamada. Scott avanzó unos palmos más, todo cuanto se atrevió para evitar ser visto por los centinelas.

-¡Soy yo, Bill! ¿No me recuerdas?

Entonces sí se percató de dónde estaba él. Se inclinó hacia adelante como si pretendiera oler las flores más de cerca.

No demostró alegría alguna, y sus facciones estaban tensas al decir:

-¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido?

-A llevarte conmigo, Doris. No he parado hasta encontrarte. Te necesito a mi lado.

-Lo siento, Bill. Vas a tener que volverte sin mí.

-¿Por qué? -era el primer caso de resistencia que encontraba al tratar de sustraer a alguien del dominio de los orientales. Y le extrañaba sobremanera que precisamente se tratase de Doris.

-Tengo que quedarme aquí... -vaciló, como tratando de buscar una excusa de cierta consistencia-. Nos perseguirían, Bill. ¡Tú sólo no lograrías jamás burlarles! Y luego... ¡vivir siempre desesperados, ocultándonos como fieras malignas...! ¡No, Bill, no! ¡No puedo ir contigo!

-¡Pero, muchacha...! -Scott estaba asombradísimo de tan extraña actitud-. ¿Te vas a conformar con la cautividad para toda la vida? Mira... somos un grupo de personas, bastante numeroso. Podemos luchar contra, los invasores. Y ¡no tendrías que huir ocultándote! ¡Algún día, pronto, los expulsaremos de nuestra tierra! ¡Ven conmigo y lo comprobarás!

Doris Arlan dudó unos instantes. Se estremeció.

-Tengo frío, Bill. Espera un momento que vaya a buscar algo de más abrigo que esto que llevo. Luego seguiremos hablando.

-Está bien, pero date prisa. Si nos sorprenden aquí no lo pasaríamos bien ninguno de los dos.

Doris regresó rápidamente por el mismo sitio que viniera. Varios minutos, que al impaciente Scott le parecían horas, transcurrieron antes de que la viera nuevamente. Llevaba un grueso abrigo de costosas pieles.

-¡Oye! -Bill extendió la manó para tocar la prenda-. ¿Es legítimo?

-¡Naturalmente! -rió ella un poco forzada-. Marta cibelina del Norte de Europa.

Se la notaba nerviosa, y lanzaba frecuentes miradas en derredor.

-¿Tienes miedo, querida? -preguntó Bill-. ¡Vámonos, pues!

-¡Espera un poco más, Bill! Aún no me he decidido... ¡Oye! ¿Has cogido la enfermedad, por fin? -se refería al color azulado de la piel del muchacho, entrevista al asomar éste la mano.

-No, de ninguna manera. Solamente es un poco de tinte -la intranquilidad de ella comenzaba a contagiársele, y no apartaba su vista de los inmóviles centinelas.

A sus espaldas sonó un ligero chasquido. Doris debió oírlo también porque quedó rígida.

-¡No espero más, Doris! ¡Por última vez! ¿Vienes conmigo? ¡Nos van a sorprender aquí!

-Ya lo han hecho, Bill -repuso ella fríamente-. Será mejor que no ofrezcas resistencia. ¡Estás rodeado!

Si en aquel momento hubiera echado a volar la casa que tenía enfrente, Scott no se habría sentido tan asombrado como al oír estas palabras. ¡Doris le había traicionado, denunciando su presencia allí! ¡Para ello aprovechó su entrada en el edificio con la excusa de buscar el abrigo!

Pero Bill Scott no era hombre a quien la sorpresa paralizara por mucho tiempo. Sin casi transición entre la última palabra de ella y su propio movimiento, adelantó un brazo, logrando cogerla de la mano cuando ya emprendía la retirada.

-¡Tú te quedas conmigo, víbora! ¡Si me matan tendrán que hacerlo contigo también!

-¡Suéltame, Bill! -gritó Doris, debatiéndose. Se había creído a salvo y ahora sentía el miedo de todos los cobardes a morir por culpa de su propia traición.

Viendo que sus esfuerzos eran inútiles contra la superior fuerza del hombre, y que se hacía más daño del que le causaba a él, optó por cesar en la resistencia. Scott, llevándola en vilo, sujetándole con una mano las dos suyas, al tiempo que con el brazo la mantenía inmovilizada, emprendió la retirada.

Un gigantesco soldado apareció ante ellos. El brillo de su coraza le delató antes de que estuviera en disposición de atacarles y Bill no vaciló ni una milésima de segundo. Su «lapa» lanzó un agudo ladrido y el proyectil adhesivo se estrelló contra la faz amarillenta.

-Uno fuera de combate -pensó-. Bastante hará con evitar ahogarse.

Otro hombre se lanzó a la carrera en contra suya. No llevaba armas en las manos, fiado al parecer en la fuerza física. Bill lo detuvo fácilmente de un tiro en las piernas.

Pero por el lado contrario avanzaban otros tres.

-No quieren hacerte daño, ¿eh? -preguntó con sorna a su prisionera-. Debes ser muy importante para ellos. ¡Lástima que mis balas no sean «de verdad»! Mejor ocasión que ésta para desprenderme de unos cuantos de esos micos no creo volverla a tener.

Ella se retorció inverosímilmente en un esfuerzo por morderle en el rostro. Bill le dio un cabezazo en la nariz para mantenerla quieta.

No era ocasión de andarse con caballerosidades.

Disparó cinco veces en rápida sucesión. Los tres hombres que se le acercaban quedaron inextricablemente sujetos por las mallas de las «lapas», y Bill continuó su marcha, alejándose cuanto podía de los iluminados alrededores.

Pero sabía que era una tentativa desesperada. Cada vez le rodeaban en mayor número y jamás podría romper el cerco, sobre todo por la forzosa lentitud que le imponía el tener que arrastrar a su involuntaria acompañante.

Le asaltó una idea que le hizo sonreír amargamente. Media hora antes hubiera sido capaz de matar a quien le insinuara que aquello se le pasaría siquiera por la imaginación. Pero ahora era la única forma que se le ocurría de no hacer demasiado daño a Doris para evitar que diera la alarma mientras él se alejaba. En la oscuridad tardarían algunos minutos en saber que la había abandonado, y esos momentos podían significar la diferencia entre la captura y la libertad.

Hizo fuego casi a quemarropa contra el torneado cuello de la muchacha, y mientras ella quedaba aterrada, creyendo que la había matado, le susurró:

-Te voy a dejar en el suelo. Si no te mueves no te pasará nada, pero si intentas hablar, o siquiera tragar saliva, «eso» que llevas en el cuello te estrangulará sin remedio.

Doris había visto muchas veces los efectos de las «lapas» y no dudó un solo instante de la verdad de lo que se le decía.

Bill continuó solo la huida, recargando rápidamente su vacía pistola.

Cuando ya comenzaba a pensar que lograría desembarazarse de sus perseguidores, un potente reflector bañó en luz la arboleda. No le enfocaba a él directamente, pero casi daba lo mismo. A cierta distancia era bien visible la furtiva silueta que se deslizaba reptante.

Los asiáticos empezaron a converger sobre él. Sabían que estaba

utilizando una clase de munición que ellos creían ser los únicos en poseer, y la seguridad de que aunque los derribara no iban a morir por ello, les. daba mayor osadía.

-Estás cogido, Bill -se dijo-. Ahora sí que no tienes escapatoria.

Y nuevamente recordó a la enérgica Kathleen Rainer. Por unos instantes le pareció sentir en su rostro el suave roce de su rubia cabellera como aquel día en el que regresó al laboratorio acompañado por Art Loges.

-¡Qué idiota he sido! ¡Alejarme de la vida, para encontrar la muerte!

La cólera le convirtió en un ser sumamente peligroso. Los amarillos pudieron comprobarlo cuando se lanzaron en avalancha sobre él.

Vació la pistola con tan centelleante rapidez que daba la impresión de estar disparando con una ametralladora. Luego, no teniendo tiempo para recargarla, arrojó el arma a la cara del más cercano, destrozándosela.

Y agazapado en. el suelo esperó a que le cayeran encima los enemigos, disimulando con su cuerpo el brillo del cuchillo que ahora empuñaba.

Se levantó cómo impulsado por un muelle de acero. Su cabeza golpeó un abdomen, mientras la acerada hoja penetraba profundamente en una garganta. Dos hombres trataron a un tiempo de echársele sobre las espaldas, estorbándose mutuamente la acción. El que finalmente lo logró se vio despedido a varios pasos de distancia sobre dos más que llegaban en su ayuda. Los tres rodaron en confuso montón.

Bill y un oriental quedaron frente a frente. El amarillo trató de protegerse con un brazo del asalto de aquel tigre que se le venia encima, chillando al mismo tiempo de terror. El cuchillo atravesó tela, músculos y hueso, como si se tratara de mantequilla.

Scott se lanzó a la carrera.

Pero no había terminado con todos los enemigos. Un soldado pagó con su vida al arrojarse a sus pies, sujetándole. Bill se revolvió y antes de llegar al suelo ya había enterrado su arma hasta la empuñadura en el pecho del oriental. Pero había perdido demasiado tiempo y para cuando quiso levantarse se encontró imposibilitado de hacerlo. Tenía sentados sobre sus espaldas a dos chinos que hacían cuanto les era posible para machacarle todos los huesos.

Aún se debatió durante algún tiempo, haciéndoles probar la dureza de sus puños y a uno de ellos le dejó desfigurado para toda su vida de una

puñalada en el rostro. Pero acabó por sucumbir ante la abrumadora superioridad.

Sin sentido le arrastraron hasta el lujoso edificio.

*   *   *

-¿Falta mucho, profesor? -preguntó Katy Raimer, tanteando en busca de la invisible pantalla. No estaba y penetró en el taller.

-¿Para qué ha de faltar mucho? -Cooper, distraído en unas conexiones que estaba realizando, apenas paraba atención en lo que le estaban diciendo.

-Para preparar eso que está usted haciendo... que ni sé lo que es ni para qué va a servir, si sirve de algo.

El científico fijó en ella sus azules ojos. Una fugaz sonrisa le bailaba por el rostro.

-No sé qué decirte, muchacha. Cuando le hablé de ello a tu padre quedó entusiasmado.

Katy comenzó a interesarse. Si le parecía bueno a su padre, tenía que serlo forzosamente. Pero conocía a Cooper. Era muy buena persona pero incapaz de soltar prenda a las primeras de cambio. Había que insistirle con suavidad y halagos.

-Le veo más joven desde que se ha quitado la pintura de guerra, profesor. Aludía a la desaparición de la tonalidad azul en la piel de los habitantes del laboratorio. Cooper sonrió más abiertamente.

-¿Tú crees? Kubler ha hecho un buen trabajo, desde luego. Pero con esos requiebros no vas a conseguir nada de mí.

-No le entiendo -dijo con mirada inocente. Sin embargo se sentía desilusionada al ver la facilidad con que el otro había descubierto sus intenciones.

-¡Oh, sí! Me entiendes perfectamente. Tú quieres que te diga lo que estoy haciendo para ir corriendo a explicárselo a «tu» Bili Scott. ¡Os quedaréis con las ganas!

-¡Pero, si hace lo menos diez días que no he hablado con Bill! -protestó ella. Y viendo que no cabían subterfugios, apeló a las carantoñas-. ¡Ande, profesor! No sea malo.

-¡He dicho que no! -hizo una pausa-. Bueno, te lo explicaré, pero a condición de que te lo guardes para ti sola.

-Seré una tumba, palabra -ansiosamente se acercó al sabio, dispuesta a

no perder palabra alguna.

-Desde luego, no es seguro que lo logremos, pero lo que yo estoy tratando de hacer es un aparato que me permita crear una pantalla antigravitatoria rodeando un determinado sector, de tal forma que ningún objeto material, pueda penetrar en él. ¿Comprendes?

-Francamente, no -movió la cabeza dudosamente-. Supongo que la idea consiste en aislar ese sector, pero si la gravedad se origina en un punto determinado, en forma inversa, despedirá también todo lo que haya dentro de la esfera de su influencia.

-¡Eso es precisamente lo que no hará! La pantalla tendrá un espesor de algunos centenares de metros, y «dentro» de la esfera que cubra no produce efecto alguno. Será una especie de cáscara solamente... Te lo voy a demostrar en forma práctica: ¿recuerdas el otro día cuando tropezaste con la barrera que yo tenía tendida en la puerta?

Katy afirmó con la cabeza.

-Pues, de haber actuado como tú supones, yo hubiera debido salir disparado hacia el pasillo. Ya viste que no ocurría tal cosa. Únicamente que ni tú podías entrar ni yo salir por la puerta.

-Comprendo... es decir, no comprendo cómo espera conseguir usted tal cosa, pero sí sus efectos: Será una especie de cúpula impenetrable, tendida sobre un sector determinado.

-Precisamente -Cooper cesó en su trabajo, extrayendo un paquete de cigarrillos-. ¿Quieres uno? -ofreció.

-No, gracias. Ya sabe que no fumo. ¿Y qué ventajas estratégicas puede reportarnos semejante cúpula? Quedaríamos encerrados dentro de ella, aislados por todas partes.

-Eso será mejor que se lo preguntes al comandante en jefe... tu padre por más señas. Lo único que te puedo anticipar es que dentro de ese territorio seríamos los amos, de saber escoger un sector donde tuviésemos superioridad sobre las tropas orientales. No podrían recibir refuerzos. Y luego con tender otras pantallas sería perfectamente posible ampliar nuestros dominios cuando nos conviniera. Ten en cuenta que en una guerra, por desiguales que sean las fuerzas, ambos bandos pasan por alternativas de avance y retiradas. Nosotros tendremos siempre la ventaja de estar seguros de que nuestros avances no serán perdidos a causa de un contraataque; sus tropas se verán imposibilitadas

de atravesar nuestra barrera antigravitatoria. Y no podrán bombardearnos con aviones ni proyectiles dirigidos por la misma causa.

-¡Entonces tenemos la victoria en nuestras manos! -se entusiasmó Katy.

-Frena, muchacha. Ten en cuenta que somos pocos y desorganizados. Ellos son muchos y dominan todo el mundo por lo que sabemos. Poseen hombres, armamento y recursos de todas clases en cantidades fabulosas. ¿Y qué somos los americanos en la actualidad? Unos pordioseros que únicamente cuentan con un arma, pero sin industria, sin territorio siquiera en que habitar. Carecemos hasta de los recursos más elementales... La lucha será larga y difícil, y siempre estaremos expuestos a que ellos encuentren una contraarma capaz de penetrar nuestras barreras y batirnos antes de qué les ganemos la superioridad.

-¡No sea usted pesimista, profesor! -rogó Katy-. Lloremos cuando ocurra la desgracia. Ahora solamente podemos reír, reír. ¡La victoria está a nuestro alcance!

Y sin despedirse siquiera salió del taller. Su padre, que llegaba en aquel momento, tuvo que apartarse para evitar ser derribado por la impetuosa muchacha.

-¿Qué le pasa...? -preguntó Rainer penetrando en el aposento que acababa de dejar su hija. Esta no oyó el resto de la frase ni la respuesta de Cooper.

CAPÍTULO IX

Tenía el cuerpo envarado y la cabeza le retumbaba. Cuando trató de elevar una mano para restregarse los doloridos ojos, le fue imposible hacerlo. Un rojo velo le impedía la visión, y tuvo que transcurrir un rato antes de que pudiera darse cuenta de que era sangre que manaba de una herida en su cuero cabelludo. Así se explicaba el escozor de sus ojos y el regusto salado que sentía en la boca.

Algo helado le cayó sobre la cabeza, empapándole completamente. Se estremeció. El zumbido disminuyó en intensidad, permitiéndole oír algunas voces, aunque no lograba captar lo que decían. Las cataratas del Niágara parecieron volcarse sobre él por segunda vez, limpiándole la sangre del rostro. Su visión se aclaró ligeramente.

Estaba sentado en una habitación, al parecer un despacho. Varios militares, de categoría a juzgar por la profusión de condecoraciones que lucían sobre los uniformes de colores chillones, le contemplaban, rodeando una mesa tras la que asomaba el busto de un hombre de facciones brutales, también uniformado.

La mirada de Bill cayó sobre este último... y la mujer que apoyaba familiarmente la mano en el respaldo del sillón. ¡Doris Arlan! Los recuerdos volvieron a él, haciéndole enrojecer de rabia. Hubiera sido capaz de arrojarse sobre ellos a no ser por las ligaduras que, ahora reparó, le sujetaban fuertemente a la silla, y que le habían impedido caer mientras estaba inconsciente. Con el rabillo del ojo vio a su lado a un hombre, aún con un cubo en la mano.

El de detrás de la mesa habló unas palabras en la jeringonza que ellos llamaban idioma. Con una respetuosa inclinación el del cubo salió, cerrando cuidadosamente la puerta tras sí.

Bill sé sintió el blanco de todas las miradas... excepto la de Doris, que parecía temer a sus acusadores ojos. Durante unos segundos el escrutinio fue mutuo, demostrando el norteamericano que no sentía temor alguno pese a su comprometida, situación. Luego, cansándose del juego, se dedicó a un indiferente examen de la estancia mientras los otros seguían observándole.

Scott admiró el exquisito gusto del anterior propietario de la casa. Una monumental librería cubría totalmente una de las paredes laterales. Y los libros no eran un simple adorno. Desde donde estaba apenas podía distinguir

algunos títulos, pero podía verse claramente que se habían consultado con frecuencia. Bill no era un técnico en arte, pero estaba convencido de que los cuadros que colgaban de las paredes no serían burdos facsímiles de buenas firmas ni tampoco originales de algún aficionado.

Espesos cortinajes colgaban del techo, detrás de los que le observaban. Sin duda ocultaban un amplio ventanal. Sobre la mesa reposaban la pistola, el cuchillo, todavía ensangrentado, y la ligera mochila de Bill. Todas sus pertenencias.

-Señor Scott -el majestuoso personaje del achatado rostro y adiposa humanidad, con quien tanta confianza parecía tener Doris, se dirigió al joven. Su voz aflautada le hacía parecer ridículo.

-¿Uuuh? -Bill no abrió la boca para contestar. Aunque suponía que acabarían interrogándole, estaba distraído en aquel momento y fue pillado de sorpresa-. ¿Cómo sabe mi nombre?

-La señorita Arlan, nuestra común amiga, me lo ha facilitado -hablaba con suavidad, como pidiendo perdón a cada palabra.

-¡Será amiga tuya, so cerdo! ¡La parte que me pudo corresponder en algún tiempo, te la regalo! -manifestó Scott desabridamente.

Tenía la mirada fija en Doris y vio cómo acusaba el golpe. Su rostro se contrajo durante una fracción de segundo.

-La ira es mala consejera, señor Scott -prosiguió el otro, cual si hubiera oído un cumplido-. No obstante comprendo que no sienta alegría en la situación en que se encuentra, y no me ofendo por sus vulgares palabras. Mi mayor deseo en estos momentos sería que usted me honrara con el título de amigo.

-¡Pues te quedarás con las ganas! ¡Mis amigos los escojo muy cuidadosamente y procuro que no pasen de los ochenta kilos! Es una condición imprescindible.

-Veo que por ese camino no vamos a ninguna parte -en ningún momento abandonaba su perfecta dicción, digna de un estudiante de Oxford-. ¿Acierto al suponer que me honra sabiendo quién es su humilde servidor? Aunque no me extrañaría que mi indigna personalidad le fuera desconocida a causa de su nula importancia...

Bill decidió seguirle la corriente de cumplidos... aunque a su manera. ¡Veríamos quién se cansaba antes!

-Pues... no recuerdo haber leído en ningún tratado el nombre técnico de un gusano de tu tamaño. Sin embargo creo acertar si digo que eres el Glorioso Mariscal, Jefe Supremo del Invencible Cuerpo de Carniceros de...

-¡Basta! -de momento Scott creyó que el vocablo había sido proferido por otra persona. Luego, reasumiendo su conciliadora pose, el oriental continuó-. En efecto, soy el mariscal Shin Tao. Le hago gracia de los demás títulos que se me aplican, pero bástele saber que, aunque soy el más inepto oficial del ejército de mi país, se me ha honrado con el mando del territorio que ustedes llaman Estado de Colorado.

-¡Menos cháchara, viejo! -profirió burlonamente Bill-. Había llegado a creer que eras un tío enérgico, pero veo que sigues tan estúpido como antes. Lo que has dicho ya me lo suponía y, además, no me interesa en absoluto. ¿Quieres decirme de una vez qué es lo que pretendes de mí?

-Ustedes, los occidentales, son muy impetuosos, joven... ¡No, por favor! No vuelva a interrumpirme. Alteraré las sabias costumbres de mis antepasados para amoldarme a las suyas. ¡Oh, la vertiginosa velocidad! ¡A ella se debe la caída de los Imperios!

-¡Acabemos ya, hijo de perra! ¡Como continúes así veremos caer tu imperio antes de que terminemos la conversación!

-Muy bien -su cabeza pareció ocultarse entre los hombros-. ¿Qué organización es esa de que ha hablado a la señorita Arlan?

-Ninguna. Por lo visto se le ha pegado la tontuna de sus nuevos amigos y se ha dejado engañar «como un chino».

-Señor Scott... amigo mío. Lamentaría infinito qué me obligase a recurrir a medios... digamos, poco éticos. Pero ya sabe: en la guerra y en el amor todo es lícito. No soy partidario de esos métodos bárbaros, pero la necesidad carece de Ley.

-Veo que te has apropiado de la filosofía barata occidental, cara de sapo. ¿No tenías bastante con la de Confucio?

En lugar de contestarle, Shin Tao se dirigió a uno de los que le rodeaban.

-Le ruego procure persuadir a nuestro distinguido huésped de que lo más conveniente para todos será que hable, capitán Hang.

-¿Es tu verdugo oficial, Shin? -y antes de que el otro se dispusiera a contestarle, prosiguió-: Debe serlo. Su nombre indica que le viene de familia.

Se refería al hecho de que «Hang», en inglés, significa «ahorcar», y un derivado de esta palabra es el equivalente de «verdugo».

No recibió respuesta. Hang se arrodilló ante él, procediendo a descalzarle. Bill, tratando de no pensar en lo que se avecinaba, prosiguió con sus pullas.

-No se moleste, capitán: no me aprietan demasiado... ¡Oye, Doris! -la muchacha volvió hacia él la máscara en que se había convertido su rostro-. ¿Por qué no colaboras tú también un poco?

Se vio obligado a callar en evitación de que le temblase la voz. Aquel diabólico Hang conocía su oficio: casi sin herramientas le estaba martirizando los pies hasta el extremo de que creía no poder ser capaz de utilizarlos nuevamente.

Trató de mantener inescrutables sus facciones, pero le era imposible evitar las gruesas gotas de sudor que se mezclaban con la sangre de la cabeza.

Su mirada se posaba retadoramente en la de Doris. Sería una renegada de su raza, pero había que reconocer que no le faltaba el valor. Sus ojos se fijaban hipnóticamente en el trabajo del verdugo.

-¿Se decide a colaborar, señor Scott? -Shin Tao demostraba en la expresión de su rostro la más profunda pena por lo que estaba ocurriendo. Se levantó y saliendo de detrás de la mesa se aproximó al prisionero-. Sería una pena que alguien viera este lamentable espectáculo y llegase a creer que es nuestra norma maltratar a los americanos. Cierre la puerta, por favor, comandante.

El aludido corrió el cerrojo. Todos avanzaron un paso para seguir formando un semicírculo alrededor de Shin Tao. Scott apretaba los dientes y una mortal lividez le cubría el rostro. Inclinando la cabeza por un segundo se asombró de ver que sus pies seguían en el mismo sitio, indemnes en apariencia. El mariscal interpretó mal su gesto.

-¡Alto, capitán! Parece que el señor Scott se aviene a...

-¡Eso crees tú, cara de perro!

-¡Oh, cuánto lo siento! ¡Continúe, pues, Hang!

Y fingió enjugarse una lágrima. Scott llegó a olvidar los intensos dolores, fascinado por la figura de Doris Arlan. La muchacha seguía tan imperturbable como antes, pero tenía los ojos más brillantes, como si pugnara por contener las lágrimas. Y sus manos se movían sin cesar. Eran los

movimientos de estas manos lo que más llamaba la atención del americano.

Scott pensó que un poco de acción tal vez ayudara a animar el cotarro, a la vez que con ello suspendería momentáneamente la tortura de sus pies. Sin pensarlo más echó todo su cuerpo hacia adelante, volcando la silla. Hang berreó al sentir cómo la aguda herramienta que sostenía en la mano quedaba profundamente incrustada en su garganta bajo la presión del cuerpo de Bill. El grito concluyó en un horrible gorgoteo y el verdugo quedó pataleando epilépticamente, hasta inmovilizarse.

-Es lamentable, señor Scott -anunció Shin Tao compungido. En apariencia no estaba enfadado por la acción de Bill-. Nos ha dejado usted sin el único técnico en estos menesteres. Ahora otro señor más inexperto tendrá que proseguir el trabajo y tal vez le inutilice los pies.

-¡Te equivocas, Shin Tao! ¡No podrás ordenar que torturen a nadie más!

Todos, excepto Bill que ya lo esperaba, se volvieron sorprendidos hacia la persona, que hablara. Doris Alian, en sus manos una pistola ametralladora, casi un juguete pero mortífera a tan corta distancia, estaba erguida detrás de la mesa..

-¡Pero Doris, amor mío! -imploró Shin Tao, tendiéndole los brazos. Su amarillenta faz había adquirido un color terroso a causa del pánico. Era cobarde por naturaleza-. ¿Cómo pagas con semejante ingratitud mis cariñosas atenciones? ¿No recuerdas...?

-¡Sí! ¡No he olvidado nada, sapo asqueroso! ¡A cambio de quitarme de encima la esclavitud de la peste, consentí en ser tu amante, renegando de mi raza, despreciándola por haberse dejado vencer! ¡Pasé a ser uno de los vuestros... y he llevado mi traición hasta entregaros al hombre que me salvó la vida, que está aquí a vuestros pies por haber venido a buscarme A MI, creyéndome en peligro! ¡Morirá seguramente, lo sé, por culpa mía! ¡Pero no serás tú quien ordene que le maten!

Jadeaba excitada, esperando la menor provocación para oprimir el gatillo. Shin Tao volvió a hablar, suplicante:

-Espero que vuelvas en ti a tiempo de evitar una desgracia, Doris. ¿Es posible que mintieras cuando me llamabas «cariño mío»? ¿Habré de pensar que nunca he sido capaz de inspirarte amor? ¡Oh, vida cruel, qué desengaños nos proporcionas...! -calló, volviendo la vista hacia su derecha-. ¡Dispare,

comandante!

Bill miraba en la misma dirección que Shin Tao, imposibilitado por sus ataduras de hacerlo hacia otro lado. Vio la celada.

-¡Cuidado, Doris! ¡A la otra parte!

Pero ya era demasiado tarde para impedir que un oficial, que había sacado cautelosamente su pistola, oculto tras un compañero, alojase un plomo en el cuerpo de la muchacha. Esta, sin embargo, aún conservó fuerzas para que su pistola barriese la habitación por dos veces antes de que los orientales comenzaran a caer arracimados.

Scott sintió el agorero zumbido de los proyectiles por encima de su postrado cuerpo. Trozos de estuco de las paredes le golpearon con fuerza. El picante humo de la pólvora formaba una especie de neblina por toda la habitación.

Tomando el cuchillo de encima de la mesa, Doris se inclinó sobre Scott, que inmediatamente se levantó, libre. Los pies le dolían, pero una vez calzado con las fuertes botas que le quitara Hang, se creyó en condiciones de resistir una caminata..

-¿Estás herida? -preguntó ansiosamente al ver que la muchacha palidecía intensamente llevándose la mano al costado. Por entre sus dedos corrió un hilo de sangre-. ¡Déjame ver!

-No es nada, Bill. Seguramente no todos estos chacales estarán muertos. Hemos de salir antes de que puedan dar la alarma.

Como conocedora de la casa, abrió la marcha. Bill la siguió luego que hubo recargado la pistola ametralladora. Era un arma mucho más efectiva que las «lapas» en un combate. Y seguramente tendrían que abrirse paso a tiros.

Doris descendió por una escalera, ojo avizor.

-No suele haber nadie por este lado, a no ser llamado por Shin Tao... -hizo una pausa, jadeando ligeramente. Con el dorso de la mano se limpió la boca-. Prepara tu pistola. Lleva un silenciador según he observado. Si aparece alguien dispara primero, y pregúntale después a dónde va.

Scott obedeció comprendiendo que cuando más tardaran en dar la alarma mayores serían sus probabilidades de escapar. Siguieron un corto pasillo, seguramente utilizado por la servidumbre para salir. Una pequeña puerta les cerró el paso. Doris empuñó el tirador..

-Desconecta ese conmutador, Bill, y dame la mano. Las luces de fuera

se apagarán y entonces podremos salir sin que nos vean.

Así lo hicieron. Los centinelas, deslumbrados por el brillante resplandor de los focos, no se percataron de que el prisionero escapaba. Uno de ellos corrió hacia la. puertecilla en busca del conmutador. Pero quedó chasqueado. Doris tuvo buen cuidado de cerrarla, llevando la llave consigo. El hombre tuvo que dar un rodeo que le hizo perder preciosos momentos en beneficio de los fugitivos, mientras buscaba un nuevo acceso al interior.

Doris tropezó y hubiera caído al suelo a no sostenerla Scott. A causa de lo peligroso de una detención en estos momentos, Bill cargó con ella en brazos y prosiguió la marcha , hacia el lugar donde habían convenido en esperarle las dos mujeres.

No había nadie. Seguramente oyeron los disparos y, convencidas de que estaba muerto, o al menos prisionero, optaron por resignarse a la cautividad.

Bill prosiguió la marcha, tratando de alejarse lo más posible. Seguramente los buscarían, aunque no era muy probable que acertaran con la dirección salvó por casualidad. Al amanecer se harían más peligrosos.

-¿Cómo te encuentras, Doris? -preguntó en voz baja. La sangre que manaba de su costado le cubría casi enteramente a él. Se detuvo, depositándola cuidadosamente en el suelo.

-¡Huye, Bill! ¡Huye mientras puedas! -le tomó enérgicamente de la mano como para dar mayor fuerza a sus palabras-. Yo solamente puedo ser un estorbo para ti.

-He venido a llevarte conmigo... ¡y lo haré, Doris!

-No, Bill. Sabes que... es inútil. Tengo el proyectil... alojado... en el pulmón. Me quedan... segundos... -una espuma sanguinolenta le corrió por las comisuras de los labios.

Scott tuvo que reconocer que tenía razón. Pero se resistía a abandonarla luego que ella dio su vida por salvarle.

-Buscaré un médico, Doris, en Elkton tiene que haberlo. Te llevaré allí.

La traición quedaba olvidada. Sólo su sacrificio contaba para él.

-¡No! Már... cha... te. Yo... ya... pagué... en… parte... mi deuda… ¡Vete! Nadie sa... be dónde.

-¡No hables, Doris! Te perjudica.

-Ya na... da puede... perju... dicar... me ¿Me per... do... harás alg...? -un violento vómito de sangre le interrumpió.

Bill, por toda contestación, se inclinó sobre ella, besándola en los ensangrentados labios. Doris sonrió feliz, quedando inmóvil. Su cuerpo se relajó totalmente.

Scott no se avergonzó de sollozar sobre el cadáver. Era el homenaje debido a la mujer que le traicionó, y que luego, por reparar el daño hecho, no vaciló en sacrificar todas sus ventajas, su bienestar e incluso su vida. ¡Por él!

Toda la noche se alejó hacia el Oeste, sin descansar, caminando como un autómata, con el rígido cuerpo de Doris Arlan en brazos. No sabía por qué hacía aquello, pero sus brazos se negaban a dejarla.

Finalmente, al amanecer, ya muy alejado de Elkton, se refugió en un estrecho agujero cuya entrada cubría parcialmente un matorral espinoso. Se encontraba seguro aquí, pero no pretendía descansar más que unos momentos. Luego amontonó gruesas piedras sobre la entrada, cubrió todo con tierra y se alejó del lugar.

Doris Arlan reposaba en una tumba, fuera del alcance de los irritados sicarios de Shin Tao. Nadie, ni el propio Scott, sería capaz de saber dónde estaba. Y en pocos meses el matorral se habría extendido sobre la tierra depositada por él, ocultando hasta el último rastro.

CAPÍTULO X

-¿Cómo van los preparativos, Cooper? -preguntó el comandante Rainer, cruzando por centésima vez en el día la puerta que conducía a los dominios del científico.

-Todo dispuesto, comandante. En cuando usted de la orden podemos poner la pantalla en funcionamiento.

-Esperemos un poco. ¡Ese alocado de Scott! ¿Quién le mandaría marcharse en estas circunstancias? Sin él para dirigir la revuelta en Braddok no podemos hacer nada. Se haría preciso enviar a otro... Art Loges mismo.

-Después de todo, Bill no tiene ninguna culpa. Si pensó que aquí tenía toda la labor hecha, pudo querer ensanchar su radio de acción -dijo Cooper tratando de descargar la responsabilidad de Bill.

-¡Y un cuerno! -rugió Rainer-. ¡Ha arriesgado todo nuestro trabajo por ir en busca de una dama amiga suya! ¡Nada menos que a Cripple Creek! Me lo acaba de decir ese amarillo que nos envió.

-¡Ah! ¿Pero ha hablado por fin?

-Sí. Dice que en Cripple Creek está el Cuartel General del Ejército asiático en Colorado. ¡Seguro que lo capturan! Katy está en la emisora tratando de ponerse en contacto con él, sin resultado. Si vive aún, está demasiado lejos.

Como si el nombrar a su hija hubiera sido un conjuro, ésta apareció en la puerta, sofocada por la carrera.

-¡Papá! ¡He localizado a Bill! ¡Hay que correr en su ayuda inmediatamente!

-¿Dónde está ese tarambana? -chilló indignado, Rainer.

-Acaba de cruzar el Alkansas, entre Buena Vista y Nathrop. Dice que un destacamento de tropas se dirige en esta dirección...

-¡Conecte la pantalla, Cooper! ¡Es posible que vengan por nosotros! -Rainer demostró ser hombre de decisiones rápidas cuando era necesario. :

El científico obedeció. Su mano bajó un interruptor de gran tamaño e inmediatamente sonó bajo sus pies el sordo rumor de poderosa maquinaria que sé ponía en marcha.

-¡Llama a Art, Katy! ¡Dile que prepare todo para salir inmediatamente hacia donde convenga¡ -prosiguió el comandante-. Y tú continúa hablando con Bill. Que te informe de los movimientos de esas tropas.

-Ya está, señor Rainer -dijo Cooper-. Dentro de cinco minutos la pantalla habrá adquirido toda su fuerza.

-¿Dejará fuera a esas tropas, o quedarán encerrados aquí con nosotros?

-No lo sé con exactitud. Depende de su ubicación exacta. El círculo que hemos encerrado llega, según calculo, hasta las estribaciones del monte Princeton, por el Sur, y apenas alcanzará Buena Vista por el Este...

* * *

Shin Tao había sido uno de los que escaparon con vida a los proyectiles de la pistola ametralladora manejada por Doris Arlan. En realidad apenas sufría dos rasguños sin importancia, que no lograban impedirle dar órdenes con su habitual energía. Shin Tao engañaba con su enorme tamaño, causando la impresión de ser un hombre soñoliento y apático. En estos momentos estaba demostrando todo lo contrario.

Ocupaba el asiento junto al chófer de un enorme automóvil, casi un camión, apto para todo terreno. Volviéndose ligeramente hacia la trasera, preguntó:

-¿Consigues localizarlo, Chang?

-Sí, honorable señor. Se encuentra sobre esa ladera de nuestra derecha, aunque no puedo decir dónde exactamente. Parece tratar de ocultarse, pero no huye.

-¿Y la otra emisora?

-Permanece inmóvil.. Al parecer, es más potente y se encuentra enclavada en un punto fijo.

-Bien. Ordena al teniente Kum Shai que salga con veinticinco hombres tras él. Nosotros seguiremos adelante hasta Braddok. Desde allí emprenderemos la búsqueda de esa misteriosa emisora. Deben ser los amigos de Scott de que nos habló...

Calló, medio estrangulado por la rabia que se le reproducía cada vez que pensaba en la incalificable deserción de Doris Arlan.

Y entonces ocurrió la catástrofe.

A sus espaldas se produjo un terrorífico estruendo. Enormes cantidades de tierra, piedras sueltas, mezclados con hombres y vehículos, se desplazaron como impulsados por una mano de gigante. La pantalla del profesor Cooper había entrado en funcionamiento y la titánica fuerza

antigravitatoria originada en el centro del invisible muro despedía, separándolos a un lado y otro, cuantos objetos no estuvieran firmemente sujetos, hasta varios centenares de metros de distancia en que cesaba su efecto. En unos segundos quedó totalmente destrozada la numerosa tropa de Shin Tao, separada en dos mitades por una infranqueable barrera. Los pocos supervivientes huyeron a la desbandada, siendo necesario que los oficiales detuvieran a tiros su fuga.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó el obeso mariscal. Nadie sabía nacía. Finalmente alguien sugirió que podía tratars de una. bomba atómica.

-¡Imbécil! ¿Crees que no lo he pensado? ¡Los contadores Geiger no acusan rastros de radiactividad! ¡Corre a la retaguardia!

El hombre salió a escape. Segundos después veía frenada su velocidad por algo intangible que le oponía una débil resistencia, y varios metros más adelante se vio obligado a detenerse. Aterrado regresó con la poco grata noticia de que era imposible retroceder. Al otro lado había visto cómo algunos hombres trataban en vano de atravesar el obstáculo para reunirse con su jefe.

Shin Tao tuvo que hacer acopio de todas sus energías para impedir que sus desmoralizadas tropas le dejaran solo. Olvidándose de Bill Scott que, tan asombrado como ellos, veía el descalabro sufrido por sus enemigos, ordenó marchar a toda velocidad a Braddok.

* * *

-¡Ha funcionado, Kat! -anunciaba Bill Scott, excitadísimo-. Los que han quedado en esta parte toman el camino de Braddok.

-Ahora enviaremos a Art para que te recoja. Dice papá que has de llegar a la ciudad antes que ellos para impedir que se reúnan con la guarnición.

Bill no tenía idea del procedimiento que utilizarían para llevarle desde donde estaba con mayor rapidez que la que impulsaba a los veloces coches de Shin Tao. Por ello fue una verdadera sorpresa para él cuando apenas quince minutos más tarde descendía a su lado un extraño aparato, de burdas líneas aerodinámicas, pero muy veloz y manejable.

-¿Qué es eso? -preguntó mientras se acomodaba en la espaciosa cabina de aquella especie de huevo dotado de cortas alas estabilizadoras. Art Loges, sentado ante los mandos, elevó un brazo en salutación y la máquina emprendió el vuelo.

Katy Rainer fue la encargada de responderle.

-Otra aplicación del maravilloso invento del profesor Cooper -explicó tan orgullosa como si se tratara de algo hecho por ella misma-. Un juego de haces creadores de gravedad negativa, enfocados en la dirección conveniente, mantienen este cacharro en vuelo y lo impulsan hacia donde desea el piloto... -observando la seriedad de Scott, se sintió obligada a preguntarle-: ¿Qué te ocurre, Bill? No pareces alegrarte.

Este se encogió de hombros.

-No me pasa nada, Kat. Es mi modo de ser.

-¿La... -vaciló, dudando que fuese oportuna su interrogación- la has encontrado?

-¿A quién? -comprendiendo que, de algún modo que él ignoraba, Katy estaba enterada de lo qué había estado haciendo, no creyó necesario disimular más-: Sí. La encontré...

Y no dijo más. Katy Rainer no supo nunca lo ocurrido.

-Ya estamos llegando -anunció Loges, volviéndose hacia ellos-. ¿Dónde bajamos, Bill?

-Será mejor hacerlo en las afueras. Yo entraré solo. Mantendremos contacto por radio.

Penetró en Braddok sin dificultad alguna, como tantas otras veces. Al cabo de media hora ya tenía distribuidas algunas armas entre un grupo de hombres que le esperaban anhelantes, mientras continuamente acudían nuevos reclutas. Bill dio rápidas instrucciones.

-Se están acercando refuerzos, que llegarán en menos de dos horas. Para entonces la ciudad ha de estar en nuestras manos. Quedaos a mi lado un grupo de un centenar y los demás formad guerrillas de diez o doce. Hay que hostigar a las tropas allá donde las encontremos para impedirles organizarse.

Y comenzó una extraña batalla, en la que cada pelotón formaba un ejército independiente actuando por su cuenta. Cada calle, cada casa, servía de parapeto o lugar de emboscada, desdé donde los guerrilleros disparaban a mansalva contra las tropas amarillas, totalmente desorientadas. Un sinfín de focos de combates empezaron a formarse por todos los ámbitos de la población.

Bill Scott guió a sus hombres hasta los cuarteles situados en el centro de la ciudad. Los asiáticos habían ocupado un bloque entero de edificios y en

ellos era presumible estuviera el grueso de sus fuerzas.

El centinela de la. puerta, vio sorprendido cómo bajaban por la calle un numeroso grupo de hombres de piel azul, bastantes de ellos armados, aunque la mayoría disponían solamente de palos, cuchillos y algunas improvisadas lanzas. Se echó la carabina a la cara, haciendo varios disparos.

Un hombre rodó por tierra, y otro recogió en el acto el rifle de que era portador. Bill accionó la pistola ametralladora de Shin Tao, y aunque la distancia era muy grande para arma de tan poco calibre, debió acertar, pues el centinela se tambaleó antes de ganar el seguro refugio de la puerta.

-¡Corramos, antes de que cierren! -gritó Scott.

No solamente por la puerta, sino por las ventanas del piso bajo comenzaron a penetrar sus seguidores. El primitivo centenar que había pretendido que le siguiera habíase incrementado hasta casi doblar este número, y en cuestión de segundos se encontraron desconectados unos de otros al tomar cada cual por un camino distinto.

Empezaron a sonar disparos y gritos de dolor.

Bill se encontró perdido junto con un pequeño grupo de seis o siete hombres. Al parecer, habiendo encontrado resistencia, aunque desorganizada, nada más entrar, nadie trató de alcanzar los pisos altos donde seguramente estarían las oficinas y archivos. Quizá allí pudiera encontrar algo en forma de documentos que sería interesante conocer.

-Por esta escalera, muchachos -ordenó. Y él fue él primero en iniciar la marcha.

-¡Bill! ¡Bill! -sonó en sus oídos la voz excitada y ligeramente temblorosa de Katy Rainer-. ¡Salid de ahí rápidamente! ¡Acaban de asomar las tropas y estarán en la ciudad antes de diez minutos!

Se disponía a dar la orden de retirada cuando a su espalda sonó una rápida sucesión de disparos. Dos de los hombres que le seguían cayeron sin un gemido mientras se oía el siniestro zumbar de los proyectiles pasando junto a ellos. Estaban disparándoles con un arma de tiro rápido y ante ella, sin protección, no cabía sino huir.

-¡Corred, muchachos! Hay que salir de esta ratonera como sea.

Pero no era tan sencillo. Al parecer la única salida con que contaban era la que bloqueaban los de la ametralladora. Se vieron obligados a seguir subiendo con la esperanza de encontrar otro camino.

Cuando iniciaron la ascensión de otra escalera que habría de conducirles al segundo piso estuvieron a punto de echarse en brazos de un grupo de soldados que venían en dirección contraria. En la corta escaramuza quedó otro de los compañeros cíe Scott a cambio de tres orientales. Los demás buscaron protección, cosa que aprovecharon los americanos para continuar la marcha.

Pero esta vez tenían detrás de ellos a más de diez amarillos. ¡Y ellos eran solamente cuatro!

Finalmente llegaron a la azotea. Afortunadamente se trataba de un edificio más alto que los colindantes y nadie podría dispararles desde los lados.

-Estamos cercados, muchachos -advirtió Bill. Asomándose a la calle vio cómo los supervivientes de los que entraron con él salían a la desbandada, habiendo conocido de algún modo la llegada del nuevo enemigo-. Si impedimos que salgan por esa puerta podremos resistir un rato.

Seguramente Katy Rainer le había oído, porque volvió a escuchar su voz.

-¿Dónde estáis, Bill? ¿Por qué no escapas?

-Difícil lo veo -repuso con soma-. Aún no me han crecido alas que yo sepa.

Con la carabina que tomara del cadáver de su compañero muerto poco antes, colocó una bala junto al marco metálico de la puerta obligando a retirarse a una cabeza emplumada de rojo. El proyectil chilló estridente al rebotar.

-Sigue hablando, Bill -pidió Katy-. Vamos a buscarte.

-¡No lo hagáis! ¡Volved al laboratorio!

-Es inútil. Tú harías lo mismo. ¡Allá vamos!

La pugna por la posesión de la azotea había terminado por ser una especie de «guerra de trincheras». Los asiáticos, convencidos de que los cercados no podrían salir de allí, se limitaban a hostigarles desde cubierto. Más pronto o más tarde acabarían recibiendo una bala perdida o tendrían que rendirse por falta de municiones.

-¿Llevas ahí algún «hornillo», Les? -pregunto Bill, volviéndose hacia uno de sus compañeros. Éste asintió, alargándole un objeto parecido a un frasco pequeño.

Era un «hornillo», una especie de granada que al estallar producía tan gran cantidad de calor que llegaba a fundir los metales. Bill la arrojó a la abertura de la puerta y en el acto se oyeron los gritos de los asiáticos abrasados. Una densa humareda se elevó del lugar.

-Ya veo el humo, Bill -anunció Katy-. Vamos corriendo.

Segundos después se detenía el «huevo» a unos centímetros sobre el suelo de la azotea. Los tres compañeros que quedaban con él siguieron a Bill a su interior.

-¿Dónde vamos ahora? -preguntó Art Loges que continuaba empuñando los mandos.

-No pensarás que vamos a dejar a los muchachos que se las entiendan con la gente de Shin Tao? ¡Vamos en busca de esos macacos amarillos!

-¡Pero estamos desarmados, Bill! ¡No podemos hacer nada! -protestó Loges.

-¡Tú haz lo que te digo! ¡Y cuando los encontremos da unas cuantas pasadas sobre sus cabezas lo más bajo que te sea posible!

Los diez camiones de tropas que seguían a Shin Tao avanzaban lentamente por la amplia avenida de entrada a Braddok cuando los avistaron desde el aire. Ocultos grupos de guerrilleros les hostigaban desde todas partes, pero ellos seguían imperturbables su ruta, respondiendo apenas al fuego que se les hacía.

El esferoide alargado que era la nave pasó a toda velocidad, casi rozando los techos de los vehículos, siguiendo las órdenes de Bill Scott, Las consecuencias fueron algo tan extraordinario que, al dar la vuelta para repetir la pasada, Loges estuvo a punto de estrellarles contra el suelo por la sorpresa.

-¿Qué ha pasado aquí?

Tres o cuatro camiones aparecían aparatosamente volcados, en tanto que los demás se habían desviado violentamente de su camino para estrellarse contra las casas circundantes. Maltrechos orientales comenzaban a salir, siendo cazados casi tan pronto como asomaban, por la granizada de proyectiles que caía sobre ellos desde todos los ángulos. Scott rió sin alegría.

-Cooper ha inventado un arma de combate más efectiva de lo que él supone. Me di cuenta al ver la catástrofe que se producía al tender la cortina antigravitatoria y ahora he aprovechado la lección. Eso lo has hecho tú al dirigir contra los camiones los rayos impulsores de este cacharro.

-¡Cuidado! -gritó Art sin tiempo de acabar de entender lo que decía Scott-. ¡Nos han tocado!

En efecto, un proyectil perdido había alcanzado al aparato en una de las antenas emisoras de rayos, y éste, desequilibrado, se precipitaba al suelo.

¡Cayó casi encima del primer camión!... el de Shin Tao.

Y el obeso personaje que salía de entre los retorcidos restos se encontró de pronto frente a frente de la Némesis que iba a hacerle pagar sus crímenes. Bill Scott le había visto y tan pronto como su averiado aparato llegó al suelo, se precipitó fuera.

Shin Tao lanzó un chillido de terror, echando mano a la pistola que colgaba de su amplia cintura. Hizo un disparo, viendo como el proyectil rasgaba la ropa de Scott, quien pareció no darse cuenta de que estaba herido. La sangre comenzó a empapar la astrosa camisa. Y sin embargo continuó caminando, imperturbable, sus facciones convertidas en una máscara pétrea.

El oriental quedó paralizado por el miedo. Hizo un sobrehumano esfuerzo para levantar la pistola, pero ésta parecía de pronto haber incrementado en varias toneladas su peso. Las manos de Scott se cerraron sobre su garganta.

Y apretó... apretó hasta que el rostro de Shin Tao adquirió un color amoratado, sin darse cuenta de que ya estaba muerto mucho antes de que las vértebras cedieran con un siniestro crujido... Y seguía apretando cuando, perdido el sentido por la falta de sangre, cayó inconsciente sobre el cadáver de su víctima. Sus amigos observaron con asombro una sonrisa de felicidad en sus facciones cuando acudieron a socorrerle bajo la granizada de balas. Doris estaba vengada.

* * *

Abrió los ojos. Se encontraba en su dormitorio habitual del laboratorio. Sobre él flotaba un rostro femenino, mirándole con ansiedad.

-Hola, Kat -sonrió-. Por un momento creí estar ya en el cielo, cuidado por un ángel.

Ella se colocó un dedo sobre los labios.

-El doctor Kubler ha ordenado que no se te permita hablar.

-Pues habla tú. Dime qué ha pasado. Y cuando termines, vas a decirle a Kubler de mi parte que es un medicucho. Me encuentro mejor que nunca.

-Será todo lo chapucero que tú dices, pero te ha salvado la vida. No

dábamos nadie un centavo por ti cuando te tomó por su cuenta... ¡Calla! Ya voy a decirte lo que pasó. No hables. Fue anteayer. Muerto el jefe, los soldados, que ya llevaban bien poca moral, optaron por rendirse. La batalla terminó en menos de cinco minutos. Y ahora estamos preparando otra pantalla para extendernos antes de que empiecen a retirarse. Cooper y mi padre están de acuerdo en que tenemos que correr mucho si queremos rescatar a nuestros compatriotas antes de que se los lleven a Asia si ven que no pueden nada contra nosotros. La idea es trazar un círculo de antigravedad para cercarles y obligarles a que se entreguen al no tener salida. Y hay otra noticia...

Scott alzó las cejas interrogativamente,

-No es seguro, desde luego, pero ese «medicucho» de Kubler, como tú le llamas, ha analizado la sangre de Peh Teng, aquel chino que capturaste. ¿A que no sabes lo que ha encontrado? -Scott movió negativamente la cabeza, respetando la orden de guardar silencio-. Pues que la vacuna que se inyectó a todos los que se pretendía no adquirieran la enfermedad, ha desarrollado una atrofia en algunas glándulas productoras de anticuerpos, y, muy lentamente pero con seguridad, va disminuyendo la proporción de glóbulos rojos en beneficio, de los blancos. ¡Y no cree que haya forma de detener eso!

Bill trató de incorporarse en la cama. Tenía los ojos abiertos de par en par. Con un gemido se desplomó de nuevo.

-¡Pero eso significa el aniquilamiento de esa gente!

-Exacto. No es cuestión de días, ni de años. Pero con seguridad que van a quedar tan diezmados que prácticamente habrán dejado de suponer número entre los habitantes de la Tierra.

-¡Su arma se ha vuelto contra ellos! ¡Debe ser castigo divino! -jadeó Scott. El hombro le dolía horriblemente y ello le hizo recuperar la ecuanimidad-. Kat...

La muchacha le tomó de la mano, acariciándosela suavemente.

-¿Qué, Bill? -éste vaciló.

-No... nada. Pensaba... que cuando sane tendré que marchar. Tal vez no vuelva en años... o nunca. La lucha será larga y terrible.

- ¡Volverás, Bill! ¡Ten la seguridad de que volverás! ¡Lo sé!

Salió. Lloraba , y no precisamente de pena. Porque entre Bill Scott y ella no se había cruzado una sola palabra de amor. Hasta ahora se interpuso un poderoso obstáculo que lo impidió.

Pero Katy Rainer sabía que ese muro infranqueable había desaparecido. Y que Bill Scott regresaría... para ella.

El espectro de Doris Arlan no se levantaría de su tumba para impedirlo. Aquella muchacha cuyo nombre no había llegado a conocer, y que yacía en una ignorada caverna de las Montañas Rocosas.

F I N

181

Los grandes radiotelescopios de la Tierra registran en el espacio, en busca de las señales de un satélite del Sol que se supone llega de los confines del Universo. Y un día, por fin, las esperadas señales llegan hasta el receptor de los sabios de «Ozma».

Una máquina extraterrestre llega a la Tierra con un mensaje para nuestra humanidad. ¿Pero estaremos los habitantes de la Tierra en condiciones de comprender este mensaje?

¿De dónde procede esta nave? ¿Qué remota civilización lo envió hasta nosotros? ¿Cuál es el mensaje que trae?

UN MENSAJE EN EL ESPACIO

Es la última creación de

VAN S. SMITH

Donde basado en argumentos reales y posibles, crea para los lectores de esta colección una bella y a la vez inquietante fantasía que se publicará en el próximo número de esta sin par

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6 pesetas.**